

CRISTIANDAD

Año XXI - Núm. 406

BARCELONA

DICIEMBRE 1964

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

DE MARIA NUMQUAM SATIS
Francisco Segura, S. I.

SAN IGNACIO DE LOYOLA
Y ESPÍRITU ECUMÉNICO
E. Guerrero, S. I.

LA PIEDAD LITÚRGICA
Y LA PIEDAD PRIVADA:
EL FONDO DE LA CUESTIÓN-III
Roberto Cayuela, S. I.

EL PUEBLO JUDÍO Y SU DISPERSIÓN
LA EDAD MEDIA-IV
Luis Creus Vidal

SENTIDO Y ALCANCE DE LA OBRA
DE TEILHARD DE CHARDIN
SEGÚN SUS CRÍTICOS
J. Roig Gironella, S. I.

TODA LA IGLESIA SE HACE
MISIONERA PARA LLEVAR
EL EVANGELIO AL MUNDO
Jesús Sainz Mazpule

«OS LLAMARÁN INTEGRISTAS...»
José M.ª Petit Sullá

LOS «CATÓLICOS ESPAÑOLES»
Francisco Bartumeu Saulehi

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.ª - Tif. 221 27 75

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.ª - Telf. 222 24 46



“MATER ECCLESIAE”

«Esperamos en este Concilio el reconocimiento unánime y devotísimo del puesto enteramente privilegiado que la Madre de Dios ocupa en la Santa Iglesia, sobre la que el presente Concilio trata principalmente: el puesto más alto después

de Cristo y también el más cercano a nosotros, de forma que podremos venerarla, para gloria suya y consuelo nuestro, con el título de Mater Ecclesiae» (Paulo VI en la clausura de la II Sesión conciliar).

La esperanza del Papa, la esperanza tensa y ferviente de la Iglesia, se ha visto colmada en la luminosa y alegre jornada mariana en que se pudieron recoger los frutos de la nueva etapa conciliar.

La gloria de María ha sido la manifestación de la suave y poderosa presencia del Espíritu de Dios. Todas las conjeturas orientadas hacia clasificaciones de tendencias y fuerza de escuelas o grupos resultan inadecuadas ante la realidad vivida de los actos ocurridos en la festividad de la Presentación de este 1964. La proclamación de la maternidad de María sobre la Iglesia permanecerá ya indeleblemente en la memoria misteriosa de las generaciones cristianas. Toda falsa "dialéctica" sucumbe también. Lo que en la perspectiva inadecuada de erróneas antítesis hubiese sido calificado de "maximalismo", se ha mostrado sencilla y firmemente como el *sentir de la Iglesia*.

"Os enseñará toda verdad." El paso del Espíritu de Dios nos libra del peligro de desintegración y parcialidad. Desde ahora podemos esperar con mayor firmeza que María, la Madre de la Iglesia, sea para el Vaticano II garantía de su fecundidad en su tarea por la unidad ecuménica, por la renovación que haga resplandecer "la verdadera faz de la Iglesia de Cristo", como fue el deseo de Juan XXIII al anunciarlo.

También en el que es el gran tema del Concilio, la

naturaleza de la Iglesia, habrá restablecido la verdad en su carácter integrador, complementando y desarrollando, sin contradicciones, lo que había sido ya definido o proclamado en los pasados tiempos. El Vaticano II, al proclamar la colegialidad episcopal centrada en la primacía del Papa, herencia del colegio de "Pedro y los once" no ha venido a contrapesar al Vaticano I, sino a continuarlo.

«Jamás olvidaremos que este Concilio Vaticano II es natural continuación y complemento del Concilio Ecuménico Vaticano I; y que, por tanto, no ya en contraste, sino en confirmación de las sumas prerrogativas derivadas de Cristo y reconocidas al Romano Pontífice, dotado de toda la autoridad necesaria para el gobierno universal de la Iglesia, quiere poner en su debida luz, según la mente de Nuestro Señor y según la auténtica tradición de la Iglesia, la naturaleza y la función, divinamente instituidas, del Episcopado, declarando cuáles son sus poderes y cuál debe ser su ejercicio, sea con respecto a cada Obispo en particular, sea en su conjunto, de modo que quede ilustrada dignamente la altísima posición del mismo Episcopado en la Iglesia de Dios, no como entidad independiente, ni separada, ni mucho menos antagonista respecto al Sumo Pontificado de Pedro, sino cooperando con él, y bajo él, al bien común y al fin supremo de la misma Iglesia, de tal manera que resulte revigorizada, no debilitada, la trama jerárquica; aumentada, no frenada, la interior colaboración; acrecentada, no disminuida, la eficacia apostólica; inflamada, no entibiada, la mutua caridad.»

DE MARIA NUMQUAM SATIS

Haldum es un pueblo de Dinamarca, cuyos moradores son en su totalidad luteranos. Su templo parroquial es casi milenario, como que fue construido casi en los orígenes del Cristianismo en el país danés. Aunque desfigurado por restauraciones y añadidos posteriores el templo es de gran valor artístico e histórico. Los fieles acuden todos los domingos a él para los servicios religiosos de su secta. Campesinos casi todos, se muestran adictos y fieles a sus tradiciones piadosas locales. Hay que ver la devoción con que hacen su inclinación o reverencia ante la cruz del que había sido altar mayor del vetusto templo. Pero antes de llegar a él, es obligado pasar ante una como capilla lateral, sin imagen ni vestigio religioso alguno en su pared desnuda. Y sin que nadie sepa el porqué, todos aquellos hombres al pasar ante la capilla hacen una inclinación parecida a la que acostumbran en medio de la nave principal. La costumbre se ha transmitido de padres a hijos. Todo le son fieles aunque nadie sepa dar razón de ella.

Un día el gobierno danés declara la iglesia de Haldum monumento nacional. Un organismo de Bellas Artes

se encargará en adelante de su conservación y restauración. Semejante joya del patrimonio artístico nacional lo exige así. Hay que comenzar por devolver al templo su aspecto primitivo de construcción de sillería, disimulado por estucos y retoques posteriores.

La operación prosigue hasta llegar a la capilla lateral. Entonces los ojos asombrados de los técnicos y de los campesinos ven que a medida que desaparece la capa sobrepuesta se deja ver un magnífico mosaico primitivo en que campea majestuosa y triunfadora la imagen de la Virgen Madre de Dios.

Durante varios siglos, contra viento y marea, en medio de un feudo del luteranismo, se ha tributado un culto constante, se ha conservado un recuerdo latente de la realeza de la Virgen y Ella ha cumplido su oficio de Medianera llevando a los hombres al altar, aunque profanado y vacío, de su Hijo Jesucristo.

La función de Medianera es en la Virgen María de todos los lugares y de todos los tiempos, es universal, porque es inherente a su Divina Maternidad. Modernamente, sobre todo a partir del Papa León XIII, la ex-

celsa prerrogativa mariana se ha ido precisando, ha tomado contornos teológicos y ha alcanzado su expresión litúrgica en la fiesta de María Medianera de todas las gracias.

En una revista hispano-americana hemos leído unos datos muy significativos, indicadores de cuán arraigada está en el pueblo cristiano la creencia en esta Mediación universal mariana. Se trata de una Cruzada de misas en honra y a las intenciones de la Santísima Virgen, como Medianera de todas las gracias. Se quiere con esto preparar y, en cuanto fuera del beneplácito divino, apresurar la afirmación dogmática de la Mediación universal de María Santísima. La Cruzada actual pretende llegar al millón de misas por esta intención

La presente Cruzada tuvo un comienzo modesto, porque nació entre los obreros, socios del Círculo Obrero Porto-Alegrense, Brasil. El Consiliario de la organización, el año 1948, en el Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Porto-Alegre, hizo la siguiente promesa a Nuestra Señora Medianera: "Si Vos, Madre querida y gran Medianera, conseguís que el Padre Santo, Pío XII, en su mensaje radiofónico al Congreso, os invoque con el título glorioso de Medianera, mandaré celebrar *mil santas misas en honra de vuestra Mediación universal, según vuestras santísimas intenciones*. Estas misas os serán entregadas totalmente para que las apliquéis como más os agrade; para honra y gloria de la Santísima Trinidad o consuelo y desagravio del Corazón de nuestro Divino Hijo, o para salvación de los pobres pecadores, o para alivio de las almas del purgatorio, o para cualquier otro fin que sabéis ser del agrado de Dios". Esta promesa fue hecha a fines de septiembre, por tanto, un mes antes del Congreso. Aun antes de saber si la Virgen Medianera aceptaría la promesa, el Padre comenzó a pedir misas por las intenciones de la Virgen, guardando absoluto secreto de la promesa de las mil santas misas y del fin de las mismas. Los que concurrían con misas sólo sabían que serían celebradas en honra y a intención de la Virgen Medianera.

Rompe por fin, después de ingratas lluvias, el día de Cristo Rey, clausura del Congreso. Terminado el ponti-

fical, del Cardenal Barros Cámara, Legado Pontificio, en un santo silencio, todos aguardaban la voz del Papa Pío XII. Y si todos, había uno que atendía suspenso con una santa curiosidad: el sacerdote que había prometido las mil misas. Efectivamente, el Padre Santo concluyó el mensaje con la invocación a la Medianera: "*Dígnese, dijo, la Medianera que dio al mundo a Jesús y con Él todas las gracias, dároslo de nuevo llamando a las almas a la Eucaristía*". La Virgen Medianera aceptó pues la promesa de las mil misas. Grande fue la alegría de todos los devotos marianos al tener conocimiento de la promesa y de la invocación papal. Inmediatamente muchísimos se mostraron dispuestos a contribuir para que fuesen celebradas las misas prometidas. El propio Cardenal Legado contribuyó con un gran número de misas que él mismo celebró. El día 8 de diciembre, fiesta de la Purísima, fue celebrada la milésima misa. La promesa estaba cumplida.

De la impresión causada por todo ello nació la idea de una gran Cruzada de un millón de misas en honra y a las intenciones de la Virgen Medianera universal de María Santísima. Hoy tenemos más de ciento treinta mil misas encargadas y en gran parte celebradas.

Los Círculos Obreros de Brasil cuentan con 300.000 socios y tienen como Patrona a la Virgen Medianera. Su Congreso Nacional de 1950 aprobó solemnemente la Cruzada de misas. El Cardenal Barros Cámara y varios Prelados patrocinaron la Cruzada y ofrecieron y prometieron millares de misas. El P. Ignacio Valle, S. J., secretario general de la Cruzada la presentó en 1954 al Congreso Mundial de Congregaciones Marianas, realizado en Roma. La revista mundial de la CC. MM., "Acies Ordinata" fue constituida órgano oficial de la Cruzada.

* * *

¿Se verá algún día cumplido nuestro anhelo? Esperémoslo. Pero entretanto ahondemos en el estudio de prerrogativa de la Virgen María. Que por mucho que buceemos, nunca podremos hallar pie. Por algo han dicho los Santos que "*de Maria numquam satis*".

FRANCISCO SEGURA, S. I.

"La vida cristiana que la Iglesia va interpretando y codificando en sabias disposiciones exigirá siempre fidelidad, empeño, mortificación y sacrificio; estará siempre marcada por la "puerta angosta" de que Nuestro Señor nos habla."

Paulo VI, Ecclesiam suam

EL ESPIRITU ECUMENICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

El ecumenismo es hoy, más que una doctrina, un movimiento favorable a la unión de todos los cristianos. Si, por una parte, su meta final es la unidad deseada por Cristo en su única Iglesia, la Católica, con su fe, sus sacramentos, su régimen bajo el supremo pastor, que es el Papa; y, por otra, la táctica utilizada para lograr tal fin se conforma en todo con las exigencias de la fe misma y de la caridad; tendremos el ecumenismo legítimo y aun obligatorio para los católicos. En cuanto se aparte de ese fin y del uso de tales medios, será más o menos imperfecto y aun, a veces, positivamente vituperable. Por ejemplo, si renunciara por principio a la perfecta unidad antedicha, y se contentara con una situación de convivencia pacífica entre las diversas confesiones cristianas, y, a lo más, de colaboración en la defensa de lo común a todas o de la mera ley natural.

El mismo Juan XXIII, en la oración que compuso y prescribió por el éxito del Concilio, expresa que la unión ha de hacerse retornando los cristianos disidentes al seno de la Iglesia Católica. Y Paulo VI, nada menos que en su discurso de la gruta de Belén, cuando daba a todo el mundo la más elocuente prueba de su anhelo de unión entre cuantos se confiesan discípulos de Jesucristo, recalca la misma verdad. Sin negar que, mientras no se pueda alcanzar esa meta, y trabajando siempre por alcanzarla, se haga obra útil, eficaz y agradable a Dios, fomentando con conveniente prudencia la caridad mutua, la comprensión, el diálogo, la colaboración en empresas comunes, para honesto bien de la humanidad.

El ecumenismo católico, rectamente entendido, fluye necesariamente del amor a Cristo, a su Iglesia y a todos los hombres, especialmente a cuantos de ella viven separados. Y como ese amor es la caridad sobrenatural, eminente en los santos, todos ellos fueron ecumenistas. En particular lo fueron los santos del siglo XVI, testigos de la división de la Cristiandad europea. Si recorriéramos los escritos de San Ignacio de Loyola y, en particular, las instrucciones dadas a sus hijos y amigos sobre la necesidad y el modo de trabajar en los países centro y norteamericanos infestados del protestantismo naciente, quedaríamos impresionados por su ferviente anhelo de reconstituir la perfecta unidad religiosa de la

cristiandad desgarrada, y por las características de la táctica que les recomendaba como más eficaz para tan noble empeño. En su amplísimo y sublime ideal de impedir a toda costa la difusión de la herejía en aquellos países tradicionalmente católicos, de reducir a la fe antigua a los que la habían abandonado, de robustecer y enervar la vida de los que aún se conservaban fieles; y eso, con el uso más prudente y armónico, que en aquellas circunstancias pudiera excogitarse, de la fuerza legítima contra los líderes protestantes proselitistas, de la formación profunda en saber y en virtud de los eclesiásticos y grupos selectos difusores de la cultura, de la caridad comprensiva con todos, incluso con los agentes de la defección entre las ignorantes masas populares; se nos ofrece un ejemplar de sano ecumenismo, válido también para nuestro tiempo.

San Ignacio y todos los buenos católicos coetáneos consideraban el protestantismo, y con toda razón, como un movimiento de rebeldía contra la Iglesia y contra el Estado católico. Los líderes protestantes de aquella primera generación eran para ellos conscientes apóstatas de la fe católica, y apóstoles del error bajo el apoyo de príncipes temporales a los que la codicia y la ambición habían convertido en renegados. El pobre pueblo, ignorante en materia religiosa y relajado en las costumbres, era fácil presa de la combinada acción de los predicadores de aquellos errores y de los gobernantes que, con sus presiones y persecuciones de los católicos, los secundaban.

Los apóstoles católicos de aquel tiempo se habrían escandalizado, y con razón, de que se considerara violación de las conciencias el uso de la fuerza del Estado católico para cohibir la audacia proselitista de unos hombres en quienes no podían suponer buena fe, conforme a la doctrina católica, y se castigara como crimen la difusión de ideas falsas destructoras de las que constituían los principios esenciales de aquella sociedad; sobre todo cuando esa difusión se operaba mediante engañosas y calumniosas predicaciones de los corifeos de la división, y violencias de los príncipes rebeldes a la legítima autoridad del Emperador.

Si prescindiéramos de excesos de procedimiento, que en la defensa de toda buena causa son posibles, aquellas

guerras de religión, de parte del Emperador y de los católicos estaban plenamente justificadas, como meramente defensivas de intereses supremos, que era obligatorio defender.

San Ignacio, pues, exhortaba a la represión de los herejes, a su remoción de toda suerte de puestos de influencia desde donde pudiesen causar daño a las almas, y a su sustitución por hombres de fe católica comprobada; como Laínez después exhortaría a los gobernantes franceses, eclesiásticos y civiles, con ocasión del coloquio de Poisy.

Pero, supuesta esa dureza necesaria para impedir la difusión del mal, cuando aún no se había generalizado, y mirando con inagotable caridad al bien de las almas, recomendaba sobre todo la continua plegaria, en la persuasión de que sólo el poder divino era bastante para reducir a los alejados; el apostolado de la sólida formación del clero y de los seglares dirigentes, en centros adecuados, dentro y fuera de las regiones amenazadas; el cuidado pastoral de celosos sacerdotes y maestros; el ejemplo de una santa vida cristiana que, en su belleza de humildad, desinterés, abnegación y caridad, testificara la verdad predicada con las palabras; la adaptación a las costumbres y al estilo de la nación, aunque sin daño de la verdad ni de la conciencia; y el diálogo comprensivo y amoroso con los equivocados.

En este punto, San Ignacio y sus hijos previnieron a nuestros coetáneos, y no les dejaron nada nuevo que decir, dentro de la verdad y de la prudencia. Lástima que en tan breve artículo no podamos transcribir preciosos pensamientos de tan beneméritos apóstoles. A lo menos, insinuemos algunos del bondadoso B. Fabro y del P. Nadal. El primero, tan conocedor del sentir de su venerado Padre y Maestro, y de la psicología de los protestantes alemanes, escribía al P. Laínez que "quien quisiere aprovechar a los herejes deste tiempo ha de mirar tener mucha caridad con ellos y amarlos de verdad desechando de su espíritu todas las consideraciones que suelen enfriar en la estimación de ellos; ... es menester granjearlos para que nos amen y nos tengan en buena posesión dentro de sus espíritus..., comunicando con ellos familiarmente en cosas que nos sean comunes, y guardándose de disceptaciones en que una parte parezca deprimir y humillar a la otra".

Y como lo primeramente dañado en ellos es, dice, la voluntad, el sentimiento y el bien obrar, mejor es para

ganarlos curarles esta herida que no disertar mucho sobre sutilezas del entendimiento. Si alguien, añade, "por vía de doctrina y fuego de espíritu pudiera persuadir a Lutero a que dejase lo que tiene y se pusiese en obediencia para hacer lo que le mandasen, tomando el hábito que él dejó, *hoc ipso facto* dejaría él de ser hereje, sin otra disputa". Pero ¡cuánto espíritu se necesitaría para obrar tal maravilla! Sólo el dedo de Dios puede realizarla; y por eso, dice Fabro, y con gran dolor, no se puede esperar fácilmente "la reducción de estos herejes".

"Cuando en público o en privado, completa Nadal, haya algo que tratar con ellos..., hágase con espíritu verdaderamente cristiano, es decir, humilde, modesto, lleno de fervor, caridad y celo, mostrando la luz de la verdad con toda sinceridad e integridad, sin concesiones que la menoscaben o disimulen. Pero jamás oigan de nosotros una palabra que pueda alguno interpretar como injuriosa, ofensiva o despectiva de ellos."

La unidad religiosa de nuestro pueblo, donde no hay más religión que la católica, nos obliga a tener presentes tan sabios criterios, para defender a nuestros hermanos de toda propaganda nociva; para dar a los niños, adolescentes y jóvenes, una perfecta formación que les facilite los necesarios recursos de autodefensa; y para mostrar a los pocos disidentes de entre nosotros que de verdad los amamos, respetando su fuero interno y aun el externo en lo privado, y prodigándoles caridad y ejemplaridad, pero sin reconocerles derecho alguno, pese a tanto sofisma y a tanto tópico del progresismo, para difundir sus errores, y menos entre los poseedores de la verdad católica.

Ni creemos tampoco que esa propaganda se justifique a título de tolerancia para impedir mayores males en la Iglesia universal; porque no se ha demostrado ni se demostrará fácilmente que tales mayores males se impedirían con los ciertamente gravísimos que esa tolerancia implicaría en el pueblo español y en los de iberoamérica.

Claro que, sin esa demostración, aceptaríamos tan peligrosa tolerancia, cuando el Papa la creyera conveniente y nos la impusiera; pero no por otras razones que tantas veces hemos demostrado inconsistentes y, por eso, las reputamos sin peso alguno para determinarnos a reformar nuestras leyes fundamentales en materia religiosa.

E. GUERRERO, S. J.

LA PIEDAD LITURGICA Y LA PIEDAD PRIVADA

III

El fondo de la cuestión

No podemos entender bien una cuestión, mayormente si es compleja y profunda, y más aún si sobre ella hay opiniones muy dispares y disputas opuestas; ni podemos formarnos sobre ella un criterio claro, recto y seguro, si nos limitamos a mirarla de sobre haz, con mirada superficial y ligera. Es necesario que penetremos en las profundidades de la cuestión, y lleguemos hasta el fondo de ella, pues sólo así lograremos lo que dice la frase corriente: conocer y tratar una cuestión "a fondo".

En las interioridades de la cuestión, tan agitada hoy día y tan disputada, sobre la piedad litúrgica y la piedad privada, hay un fondo muy digno de ser atentamente considerado; o, por mejor decir, hay no uno solo, sino como dos fondos. El primero es muy luminoso, pues lo han llenado de celestes claridades la verdad revelada por Dios con su luz resplandeciente; y también las enseñanzas, guiadas por el resplandor de aquella luz, de los Santos Padres y Doctores de la Teología, la doctrina de los Maestros de la vida espiritual, la práctica maravillosa de los dechados ejemplares de la santidad cristiana, y, sobre todo, el Magisterio de la Iglesia. En artículos anteriores se ha descubierto a nuestros ojos este fondo luminoso, y ha brillado, para guía de nuestro recto criterio, con luz indeficiente.

Pero hay en la misma cuestión otro fondo, que es oscuro y tenebroso, a causa de las falacias, sofismas, prejuicios y confusión de ideas de los que llevados de un liturgismo exagerado, se han empeñado, y siguen empeñándose, por desacreditar a la piedad y oración privada, rebajándola inconsideradamente, desestimándola, y aun tratando poco menos que de suprimirla.

Hagamos, pues, lo que hacen los que deseando conocer las interioridades de una mina de rico metal, y provistos de potentes lamparillas eléctricas de mano, entran en la mina, conducidos por expertos guías; y después de

admirar en las galerías subterráneas las abundantes venas y filones del precioso metal, no salen de la mina sin haber observado también otras concavidades en que se ven pedruscos no bien sujetos y tierra movediza, con peligro de desprendimiento de tierras, por lo cual los visitantes se paran a mirar los trabajos que se realizan para hacer fuertes muros de contención, y para que sin exponer sus vidas los ingenieros y los obreros, puedan descubrir nuevos filones en la mina.

Es que en el fondo de toda esta cuestión de la piedad litúrgica y privada hay varias cosas, muy dignas de tenerse en cuenta y de que se pongan en claro para que, evitado todo confusionismo, se esclarezca la vista del alma de tantas mentes, aún de personas buenísimas, que se han dejado oscurecer con las nieblas que se han apiñado en su interior al no haber sabido desenredarse de tantos equívocos, verdades a medias, y aun sofismas que les han envuelto, al leer libros y revistas, y al oír conferencias espirituales, y aun, no pocas veces, la misma predicación sagrada; sofismas insidiosos, presentados con apariencia de verdad, con afirmaciones sin pruebas convincentes, y so pretexto de mayor bien. Respetemos caritativamente la intención, que se ha de reservar a solo Dios, y aun la buena voluntad de los que así proceden; pero veamos de proyectar sobre este fondo oscuro y entenebrecido la luz soberamente bella e iluminadora de aquel otro fondo al que antes aludíamos. Buscando la verdad con caridad, y sin el intento de agotar la materia, ni mucho menos, tratemos de descubrir en dicho fondo oscuro de esta cuestión varias de las equivocaciones y desviaciones, que en él se han escondido; o más bien las causas de ellas; algunas tan sólo, por vía de ejemplo. Y todo para sentir mejor con la Iglesia, nuestra Madre y Maestra.

1.º Desconocimiento de una gran verdad

Hay, primeramente, en el fondo de esta cuestión de la piedad litúrgica y privada, en los que con manifiesta exageración y aún con equívocos y errores, promueven y ensalzan la primera, como la única, y desechan la segunda como muy poca cosa, muy pobre, y aun inútil, y como piedad que menoscaba y perjudica a la Liturgia, un desconocimiento increíble, por no decir una supina ig-

norancia, de la gran verdad, tantas veces revelada por el Espíritu Santo en las páginas sagradas del Antiguo y nuevo Testamento, de la íntima presencia, que es presencia operante y vivificante, de Dios, Uno y Trino, en las almas que están en gracia; y desconocimiento, por lo mismo, del admirable designio y de los ardientes deseos de comunicarse Dios, como Padre amantísimo, con sus

queridos hijos, y de que ellos se comuniquen con Él, singularmente en la oración, en toda oración, y de consiguiente en la privada también.

Entre otros pasajes, nos dice Dios por el profeta Oseas: “Yo la llevaré a la soledad, y la hablaré al corazón” (Os., 2, 14). Habiéndonos Dios elevado al orden sobrenatural, dándonos la gracia de la perfecta adopción de hijos, y habiendo querido, en su inefable bondad, enaltecernos hasta hacernos amigos suyos, con íntima amistad, y aun desposando nuestras almas consigo, con místico desposorio, quiere, no tan sólo en el templo, sino en la soledad, comunicarse con nuestras almas, hablar a nuestro corazón. Y ¿habrá quien, si no abiertamente, claro está, ni en teoría manifiesta, pero sí en la práctica y con su manera de pensar y de hablar, se ponga a enmendar la plana al Señor, expresándose así: no habíais de haber dicho: Yo la llevaré a la soledad, y la hablaré al corazón; sino esto otro: Yo la llevaré al templo, y la hablaré tan sólo en las funciones litúrgicas?

Es propio de la Bondad de Dios comunicarse a sus criaturas; y es propísimo de su Bondad revelarse, sobre todo a los humildes y sencillos, hablándoles como Padre, comunicándose con ellos como Amigo y Esposo, obrando en sus almas obras sobrenaturales, dignas de vida eterna. Es que Dios ama inmensamente a sus hijos que están unidos con Él por la fe y por la gracia; y es propio del amor comunicarse con aquel a quien ama. Por lo cual dijo S. Juan: “Quien está en caridad, está en Dios; y Dios está en Él” (I Io., 4, 16); porque quien ama está con el ser amado; y cuando dos se aman, el uno está con el otro. Pero están no pasiva u ociosamente, sino tratando, conversando, comunicándose mutuamente de la más íntima manera. Y así, quien ama a Dios, está en Dios; y porque Dios le ama, Dios está en él; y al estar en él, se muestra como quien es, Padre amantísimo, Amigo íntimo, Esposo regaladísimo; y por eso se le descubre y se le revela con ilustraciones y hablas interiores, haciéndole sentir la grandeza y la suavidad de sus misterios, con grandes testimonios y señales de su activísima presencia; de donde procede gran magnanimidad y confianza, gran seguridad, paz y gozo interior, con prendas muy ciertas de la eterna bienaventuranza, de la que tiene

el alma un anticipo y como pregusto en la oración retirada, a donde el mismo Señor la ha llevado. Y esto puede ser en cualquier tiempo y lugar: en casa, en el campo, en un viaje; pues siempre nos invita el Señor a que entremos, como en una soledad, en lo íntimo de nuestro corazón, para orar y conversar con Él, pues allí dentro está Él, y allí ve lo que oramos y le pedimos, y allí es poderoso y amantísimo para concedérselo. Y de esta manera entienden no pocos Santos Padres lo que dijo Cristo Nuestro Señor: “Cuando ores, entra en tu aposento, esto es, en tu corazón; y cierra las puertas de tus sentidos; y allí ora a tu Padre Celestial en lo escondido; y tu Padre que ve lo escondido, te dará su recompensa; es decir, oír tu oración y te comunicará sus bienes, y se te comunicará Él mismo” (Cfr. Mt. 6, 6).

Tales son los designios inefablemente amorosos de Dios, Nuestro Padre. Pues, ¿quién será el osado y el pretencioso que se atreva a coartar la libre y benignísima disposición de Dios, y sus maravillosos planes y ardientes deseos de comunicarse con sus hijos en lo íntimo de sus almas? ¿Quién se atreverá a poner límites y trabas a tales y tan preciosos designios divinos, reduciéndolos tan sólo a los tiempos y funciones litúrgicas, como si tan sólo en ellas hubiese de comunicarse Dios con las almas y llenarlas de sus bienes, tasándole y limitándole lo que ha de hacer, y como excluyéndole de que se comunique con sus amadísimos hijos en cualquier tiempo y lugar en que ellos, siguiendo la divina inspiración y llamamiento, se ponen en su santísima presencia para orar, es decir para la mutua comunicación de Dios con sus almas, y de ellas con su Señor y Padre amantísimo?

¿No es esta comunicación de Dios con las almas, en todo lugar y tiempo, en lo que consiste de una manera muy principal la acción vivificante del Espíritu Santo en las almas, con sus ilustraciones y mociones, sin ceñirse a determinados sitios y funciones, sino cuándo y dónde Él quiere? Lo dijo Cristo: “El Espíritu Santo inspira donde quiere” (Io., 3, 8); es decir, con suma libertad y amplitud, en la forma y sitio que le place. Y ¿no es esto también lo que S. Pablo nos enseña sobre la oración que el mismo Espíritu Santo inspira, y a la que nos convida en todo lugar y tiempo?

2.º Desconocimiento también de lo que en realidad es y puede toda forma de oración

Para rebajar y denigrar a la oración privada, los que así piensan y hablan, nos presentan, como en un cuadro pobre y desvahído, esta realidad, o, por mejor decir, mutilación de la verdadera realidad; nos presentan, digo, a un cristiano solo, aislado, que a sus solas piensa, discurre, desea, pide. ¡Qué cosa tan pobre, exclaman, y de qué poco valer! Mas no es así la oración retirada, como se infiere de lo que acabamos de indicar en el párrafo anterior.

La oración privada es una conversación, un trato íntimo del alma con Dios, en que intervienen los dos que conversan y hablan y tratan íntimamente con mutua

comunicación. Es como una “audiencia privada” a la que el Señor invita y admite a un hijo suyo; audiencia en la que no tan sólo el cristiano se presenta ante el Señor, admitido por Él, y le dice, bajo la inspiración divina, lo que siente, lo que pasa por su alma, lo que piensa y cree de las cosas de Dios y de sus propias cosas; y al exponerle sus deseos y necesidades, le pide ayuda, remedio, solución de todo. Es una “audiencia” en la que principalmente como divino interlocutor en el mutuo coloquio, habla Dios al alma, se le revela, se le comunica, le llena de su divina luz y de su divina fuerza, le consuela y le deja repleto de sus dones. Y esto ¿es cosa

pobre, mezquina, de poca estima, de insignificante valor? Todo lo contrario; es una maravillosa dignación por parte de Dios, y un enaltecimiento sublime para el cristiano. Y en efecto, si yo veo o sé que una persona de alta preeminencia, una autoridad muy elevada, un Ministro, un Prelado, reciben en "audiencia privada" a una persona sencilla y aun de humilde condición; y le escuchan, se interesan por todas sus cosas, le dejan que exponga sus asuntos, y le apoyan y ayudan en todo lo que necesita, diré: ¡qué bondad la de esa persona eminente, y qué dicha y engrandecimiento el de quien ha sido así recibido y atendido!

"Las dos formas de oración, la pública y la privada (escribe el insigne historiador, P. Antonio Astráin, respondiendo a Dom Festugière; Razón y Fe, t. 44, p. 186), se hacen con la gracia de Dios; las dos oraciones nos ponen en comunicación con su Divina Majestad; las dos obtienen tesoros prometidos a la oración que se hace con fe; las dos transforman al hombre; las dos, en fin, derraman sobre el mundo el torrente de bienes celestiales que Jesucristo prometió a sus discípulos. Y, si bien se mira, ¿de dónde le viene a la oración su eficacia? No precisamente de la forma pública o privada en que se haga; nace esa virtud de la palabra de Dios; esa palabra que es como fuego consumidor; esa palabra, penetrante como espada de dos filos; esa palabra, que nunca vuelve vacía; esa palabra, en fin, que ha renovado toda la faz de la tierra. En ella radica la fuerza y

eficacia de la oración. Oremos bien, ya pública, ya privadamente, y experimentaremos la divina energía del orar".

Ha habido quienes, en respuesta a esto, se han empeñado en decir, con manifiesta ineptia y pobrísima sutileza, que la meditación privada es palabra del hombre, y la Liturgia es palabra de Dios; a lo que el mismo Padre Astrain contesta con admirable lógica: "¿Qué sentido tiene decir que la meditación es palabra del hombre, y contraponerla a los Salmos, que son palabra de Dios? Preguntamos: ¿un Salmo cantado en el coro será palabra de Dios, y meditado en la oración será palabra del hombre? Una y otra obra, así la Liturgia que se hace en público, como la meditación hecha en secreto, se fundan indudablemente en el mismo principio: en la palabra de Dios" (ib., p. 302). Y podíamos añadir: el Evangelio, que ha sido siempre, es y será por excelencia el libro de la oración mental, con sus enseñanzas de Cristo para contemplarlos, y así ajustar nuestra vida a aquéllas, e imitar éstos, ¿será palabra de Dios cuando se canta en la Misa, y será palabra del hombre cuando se medita o contempla? ¡A dónde lleva el sacar las cosas de quicio; y qué cuadro tan diverso es el que nos pintan los detractores de la piedad privada, y el que es ella misma en su realidad! No, no es el cuadro pobre, pequeño, insignificante, en el que aparece el hombre solo; es el cuadro grandioso, porque en él entra, y se mueve, y se comunica la Majestad de Dios con su bondad de Padre amantísimo.

3.º Rebajamiento de los frutos de la oración de Cristo

Toda la vida de nuestro Divino Redentor fue vida de oración. Comenzó su vida humana, ya en el primer instante de la Encarnación, en el seno de la Virgen Madre, con una oración de entrega perfectísima al cumplimiento de toda la voluntad del Padre Celestial, como estaba anunciado en el Salmo 39, y lo explicó S. Pablo en su Carta a los Hebreos; y terminó su vida en la Cruz, encomendando su espíritu al Padre en ferviente oración. Y entre el primer instante y el último, oró siempre en lo íntimo de su Corazón, o a la vista de los demás; y con una oración tan perfecta, que S. Lucas la llama "oración de Dios" (Lc., 6, 12); esto es, oración altísima, oración digna de Dios, pues la hacía el Hombre-Dios, y la dirigía a Dios Padre, y era movido en su oración, como en todo, por Dios Espíritu Santo. Y toda ella era para que nosotros fuésemos hechos hijos de Dios, y viviésemos como tales.

Por lo mismo, la oración de Cristo fue fructuosísima. Recordemos tres frutos principales de su oración: a) el mismo que con su obediencia nos redimió, con su oración nos alcanzó que se nos aplicasen los bienes todos de su Redención; b) nos obtuvo con su oración el gran beneficio de que todos y en todo momento tuviésemos a mano la gracia de orar; es decir: las demás gracias no las solemos tener, como quien dice, a mano y a nuestra disposición; pero la gracia de orar la tenemos siempre;

y por la oración, hecha con las debidas disposiciones, podemos alcanzar todas las demás gracias del Señor para nuestra salvación y santificación, y para el bien de toda la Iglesia y de todos los hombres; c) y, además, nos consiguió Cristo con su oración las múltiples y preciosas gracias de oración, que ha habido y hay en la Iglesia de Dios; la oración en todas sus formas, desde las más sencillas hasta las más elevadas; la oración litúrgica y la oración privada. Sí, también la oración privada; y por lo tanto, siendo ella un fruto excelente y riquísimo de la oración de Cristo, ¿se ha de desestimar y tener en poco, se ha de dejar como cosa pobre y mezquina? No es pobre y mezquino un fruto de la divina oración de Nuestro Redentor.

Pongámonos a mirar con mirada atenta y agradecida el inmenso campo de la Iglesia en todos los siglos; y al verlo hermoso y hecho fertilísimo con los innumerables y preciosísimos frutos, que proceden de la oración de Cristo, cuales son la oración íntima y retirada de los Santos y de las almas buenas, nos formaremos una idea muy alta, un criterio muy recto y elevado de lo que debemos a Cristo y a su oración. Por no considerarlo bien, hay quienes desgraciadamente debajan el fruto de la oración de Cristo.

Es lamentable la estrechez de miras de los que se muestran contrarios a la oración privada; y muy triste

el desconocimiento que tienen de las enseñanzas de la Iglesia por boca de los Santos Padres, Doctores y Maestros de la vida espiritual, y aun por el Magisterio mismo de la Iglesia Jerárquica. No sienten con la Iglesia los que menosprecian, y desechan, y aun intentan suprimir y anular las prácticas de la piedad privada. Abramos los tratados de S. Juan Crisostomo sobre la oración; el libro de las "Confesiones" y el de los "Soliloquios", y las homilias y tratados de San Agustín sobre la oración; las obras de San Bernardo, de San Buenaventura y de Santo Tomás de Aquino; detengámonos después en las obras inmortales de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa de

Jesús, y de tantos otros enaltecidos por la Iglesia en todas sus edades; y nunca veremos esos exclusivismos de nuevo cuño y de moderna invención; antes bien se nos impondrá con una dichosa evidencia la santa amplitud con que enseñan y recomiendan todos, de consumo, las distintas formas de oración, todas las prácticas de piedad, la pública y comunitaria y la privada o individual, la litúrgica y la retirada; es que todas nos llevan a Dios por Jesucristo, y a nuestra unión por verdadero amor de caridad con Dios y con todos nuestros hermanos, hijos de un mismo Padre, en Cristo Jesús. Todo, fruto incomparable de la oración del Divino Redentor.

4.º Fuga de lo mortificativo y escondido

Late también en el fondo oscuro de esta cuestión sobre la piedad litúrgica y privada, un punto que hay que descubrir sin ambages. Lo callarán, por decoro, o lo disimularán los contrarios a la oración privada; pero es cosa innegable.

Porque, a la verdad, la oración retirada, mayormente si es de meditación o contemplación, que es a la que principalmente se refieren en sus enseñanzas los Santos, por ejemplo Santa Teresa de Jesús, exige un recogimiento interior, que cuesta mucho; pide una mortificación muy asidua, que cuesta mucho más, para tener a raya la imaginación y para sobreponernos con mano fuerte a la divagación de mente; y todo lo de esta oración privada ha de ser con una actividad personal, con un trabajo propio, sereno, sí, pero enérgico y constante, ayudado de la divina gracia, para que apliquemos nues-

tras potencias naturales y sobrenaturales, y actuemos los dones del Espíritu Santo. Y todo esto en lo escondido, sin atraer las miradas de los demás.

No tiene la oración privada los alicientes y encantos de la oración litúrgica, es decir, el esplendor de sus funciones, el suave y dulce halago de la música y del canto, ni la magnificencia de las vestiduras y de todo lo exterior, que es luz, y armonía, y sublimidad, todo lo cual atrae y gusta mucho más, y aun satisface más vivamente al espíritu humano, que la actividad oscura y recogida, y el trabajo meramente interior de la meditación y contemplación privada. Por esto insisten tanto los Maestros de oración en la necesidad del recogimiento y de la mortificación para orar bien en la soledad del corazón. Y ¿no será esto lo que explica muchas cosas...?

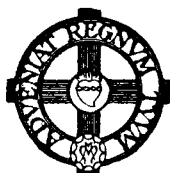
5.º Subjetivismo y humanismo

Finalmente, y en muy breves palabras, apuntemos que una de las raíces más profundas de todo lo que estamos observando en el fondo oscuro de la cuestión que nos ocupa, consiste en cierto subjetivismo y, como ahora llaman, humanismo, por el cual no pocos hombres de nuestra época toman sus normas de pensar y de obrar, no de la Revelación divina ni del Magisterio de la Iglesia, sino de la propia experiencia y del propio sentir, sacado del trato social y del contacto con el mundo de ahora; y satisfechos con esta experiencia, y deseosos de atraerse a los hombres modernos, propugnan lo que piensan ser más conforme a la mentalidad de las gentes de hoy, a lo que les puede ganar y atraer más, y lo que se acomoda mejor a las propias experiencias, subjetivas

y humanas, por no decir, en no pocas ocasiones, también mundanas. Y entonces, ¿qué queda de la Palabra divina, del Magisterio y dirección de la Iglesia, de la auténtica espiritualidad de los Santos? Quedan excluidas la verdadera humildad, la abnegación del propio juicio y de la propia voluntad, la sincera obediencia, en pos de Jesucristo, con sencillo corazón y recta fe, con el espíritu de fe, con que se cultiva la verdadera libertad de los hijos de Dios, y se forma la recta personalidad, humana y cristiana, a ejemplo del Divino Modelo.

De esta raíz han brotado tantos equívocos, exageraciones y errores como ahora pululan en torno a la cuestión de la piedad litúrgica y privada.

ROBERTO CAYUELA, s. j.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Diciembre - 1964

GENERAL: «Que la renovación litúrgica según la mente del Concilio Ecueménico Vaticano II conduzca eficazmente a la renovación espiritual de la vida de los fieles.»

MISIONAL: «Que por medio de la sagrada Liturgia, adaptadas sus formas a la índole de los pueblos según la mente del Concilio Vaticano II, sean cada vez más atraídos a la Iglesia de Jesucristo.»

LA EDAD MEDIA

(Años 1000 a 1500)

IV

No hay duda que en ninguna época, la suerte del pueblo hebreo ha sido tan oscura (no digamos tan dura, pues las persecuciones máximas las ha tenido, precisamente, bajo los poderes absolutistas y anti-cristianos) como en ésta. Es natural, y aquí adivinamos también otra especie de paralelismo —siquiera paradójico y contrario— como el que hemos señalado frecuentemente en nuestros anteriores artículos. Los tiempos de máximo esplendor, por así decir, político-social de la Iglesia, debían corresponder a la máxima disminución de la Sinagoga. Cuando se cumplen las palabras de Jesús, o sea que las gentes son llamadas a ocupar los sitios vacantes en la mesa de Abraham, es cuando los hijos del pueblo que había sido elegido son rechazados a las tinieblas. Cuando la Iglesia brilla en sus santos, en su vida social, cuando se construyen estos perpetuos y grandes monumentos: las Catedrales de piedra símbolo de su triunfo y de su extensión, es cuando la Sinagoga queda relegada al Ghetto.

A partir de las Cruzadas

Como es sabido, en el Concilio de Clermont, el Papa Urbano II—26-XI-1095—predicó la Cruzada para la liberación del Sepulcro de Cristo.

Este grito produjo el hecho—quizá ningún pensador haya atinado a ponerlo tan en relieve como nuestro Balmes—, acaso el mayor, el esfuerzo más alto y heroico que haya registrado la Historia de la Humanidad.

Pese a su aparente fracaso, las Cruzadas dieron sentido definitivo a la Historia, y, cuando menos, imprimieron carácter a toda esta enorme época que llamamos Edad Media. Que, en definitiva, en su médula, deriva de este hecho colosal.

El mundo judío no podía menos que entrar en conflicto con una Sociedad cristianizada. Cristianizada, es verdad, sólo hasta determinado porcentaje, con todos sus defectos, sin llegar a la perfecta meta. Pero imbuida, esta vez, de un espíritu cristianamente auténtico.

Dejaremos para unos posteriores artículos el análisis del porqué, causas, aspectos y esencias de este colosal conflicto, en todos los campos: religioso, político, social y hasta económico. Merece esta atención aparte.

Y ahora, en este artículo, nos limitaremos a seguir la historia del Pueblo Judío durante el Medioevo.

Historia penosa

Historia, sin duda ninguna, penosa y oscura en todos sus aspectos. No tenemos porqué ocultar que es la historia de un pueblo perseguido, cierto que, en parte muy grande, por su propio culpa y pecados, y por esta misteriosa sentencia de la Providencia, la cual, sin embargo, en una forma u otra la preserva de su aniquilamiento.

Creemos que los primeros “pogroms” (o matanzas de judíos, palabra derivada del “argot” ruso, o sea no católico), pueden fijarse hacia fines del siglo XI, y los situamos en Metz, Espira, Worms, Treveris, Maguncia, Colonia, o sea en el valle del Rhin (emporio comercial, antigua frontera germano-latina propicia al comercio y, por tanto, al establecimiento de los judíos). Se extiende, durante el siglo XII a todo el mundo germánico: Erfurt, Fulda, Magdeburgo, Halle, hasta Bohemia (Praga en especial, ciudad que dio albergue a una de las mayores juderías europeas). En Francia, opuso un dique a este movimiento anti-semita, llevado por su caridad, San Bernardo, en tanto se extendía a Inglaterra, especialmente en las localidades de Norwich, Lynn, Dunstable y York.

Es notable observar que, en general, las persecuciones más crueles contra los judíos se encuentran en los países del Norte, precisamente en aquellos más propensos a la plaga y a los excesos del patriotismo, que tantas veces pretexto religiosidad o elevados sentimientos para encubrir los egoísmos más bajos. Tal sucede en los países patriotas por excelencia, tales como Francia, Inglaterra y Alemania, cuyos patriotismos les han conducido a tantas herejías nacionales.

En cambio, en los países del sur, en el Mediterráneo, más ecuanímenes, más generosos, menos patriotas, el sentimiento caritativo y humano era mayor. Ya hemos dicho que en ningún punto han estado jamás mejor tratados los judíos que en los Estados de la Iglesia, lo que no significa que no hayan estado también aquí sujetos a la vigilancia que exigía la más elemental prudencia. Ya que si el pueblo judío era acreedor de caridad, en modo al-

guno lo era de confianza. En este aspecto, la política papal vis a vis de los judíos fue siempre un modelo de sano equilibrio, y sin ninguna claudicación al propio tiempo.

Calixto II, por ejemplo, se distinguió — su Bula *Etsi Judaeos* — en este campo, condenando los ataques físicos con el pueblo hebreo.

Bajo este amparo — que no sabemos si fue debidamente agradecido — las comunidades judías se desarrollaron, especialmente en Apulia (Bari principalmente).

En la España cristiana

Durante los siglos XI y parte del XII, vemos a los judíos refugiarse — como dijimos en nuestros anteriores artículos — en los Estados de la España cristiana, y vemos a no pocos de sus individuos ocupar, incluso, altos cargos administrativos. Con Alfonso VI llegan, por así decir, a su cumbre en Toledo. El almojarife (tesorero) de dicho Rey, por ejemplo, fue el conocido poeta Moisés ben Ezra. Con Alfonso VII “el Emperador”, vemos, como favorito suyo a Judá ben Ezra (constituido en alcaide de la fortaleza de Calatrava, puerta por donde entraban los refugiados que huían de los almohades). En el sólo Toledo existían 10.000 judíos y muchas sinagogas; entre otras principales ciudades, podemos citar circunstancia análoga: Gerona y Barcelona en Cataluña, etc. Entre los sabios hebreos de la época, podemos citar a Leví ben Gerson (1288-1344) perfeccionador del cuadrante; a Abraham Zacuto, cronista de Zaragoza y astrólogo en Portugal. Las comunidades de Mallorca se distinguían, entre tanto, por su producción marinera y cartográfica, especialmente del área del Mediterráneo.

La herejía de los albigenses

Declive general en España y fuera de ella, lo fue el triunfo obtenido por los Cruzados contra la tremenda herejía de los Albigenses, el mayor peligro que amenazó a la Iglesia y a la Civilización durante toda la Edad Media. Episodio doloroso para nosotros, catalanes, ya que en él, Cataluña, país realmente de poca sagacidad política, una vez más “jugó al mal caballo” como se dice, perdiendo toda influencia ultrapirenaica en los campos de Muret.

No nos podemos extender sobre esta herejía y sobre las anécdotas de su Cruzada, algunas de las cuales la sana crítica histórica pone en duda. Por ejemplo, el famoso “sacrificio” de los “mártires” cátaros en la “hoguera” del castillo de Monségur, en el Arière, que aún hoy algunos aprovechados explotan para una mojiganga que siempre atrae a algún turista incauto. Lo que sí debe afirmarse es que esta herejía era diabólica, y fue vencida, en definitiva, por el único medio sobrenatural: el Rosario de Santo Domingo. No podemos ahondar aquí sobre sus raíces y relaciones judías, a las que pudiera

haber servido de conducto el Talmud mesopotámico — del que hemos hablado en nuestros anteriores artículos — influenciado por el Maniqueísmo persa, sin perjuicio del inmediato origen que los “cátaros” o “perfectos” atribuían a sus maestros de Bulgaria y del Balkán en general.

El triunfo sobre esta Herejía, y la auténtica Cruzada que se produjo — con todos sus defectos —, acaudillada por Simón de Monfort y realizada esta vez, no en Oriente, sino en plena Europa, había de aportar necesariamente una mayor alarma en salvaguardia de la Fe, si quiera al amparo de este pretexto, los poderes del Norte se aprovecharan de la ocasión para extender “patrióticamente” sus dominios.

Los Concilios de Letrán se hacen eco de esta preocupación, y decretan mayor control sobre la vida pública de los judíos especialmente, mas siempre tratándolos como seres humanos. La Orden Dominicana y la Sorbona se encargan de poner un dique a la difusión del Talmud.

Origen del gheto

Como describiremos en los posteriores artículos, las circunstancias iban obligando a los judíos a constituir, por así decir, un como barrio especial dentro de cada ciudad: en España se le llamaba “judería” o “aljama” (derivado del nombre árabe); en Alemania “Judengasse” (calle de los judíos); en Italia “giudecca”; en Inglaterra “Jewry” y en Francia “juiverie”. Sólo es más tarde, ya no en la Edad Media, sino en la Moderna, que este barrio se convierte en una como prisión, rodeado de vallas y sin permiso de expansión, recibiendo el nombre casi triunfante de “Gheto” (palabra derivada del barrio judío de Venecia, que le dio ejemplo).

Expulsiones en masa

El primer país en expulsar a los judíos, por así decir en masa, fue precisamente aquél que los había admitido más tarde: Inglaterra. Existía una verdadera institución judicial para tratar todas las cuestiones relacionadas con los judíos: el “Exchequer of the Jews”, en conexión también con el jefe hebreo llamado “Presbyter judaeorum”, a la vez cabeza espiritual israelita y oficial de la Corona, encargado de los impuestos que le eran aplicados. Enrique III se distinguió por sus exigencias. En 1230, un tercio de los bienes hebraicos fue confiscado. Siguiendo las directivas de los Concilios y de Gregorio X contra la usura, Eduardo I hubo de tomar serias medidas. En 18-VII-1290 decretó, al fin, su expulsión, si bien, como siempre, quedaron algunos restos que, más adelante, se reharían en comunidad.

En Francia, sobre todo en el Sur, la situación de los judíos había sido notablemente fácil. Felipe Augusto, tras haberlos perseguido, les impuso un fuerte tributo

(“Produit des juifs”). Felipe el Hermoso de Francia (1285-1314), que primero les consideraba como una gallina de huevos de oro, decretó su expulsión en 22-VII-1306; pero este rey no era muy sincero. La expulsión no obedeció a motivos religiosos ni siquiera a otros justificados, por cuanto su hermano Luis X les permitió el retorno, a base de nuevos tributos. En 1230 arrancó el movimiento nacional llamado “pastoureaux” que movió a Carlos IV a decretar una nueva expulsión (1322). Nuevas admisiones y nueva expulsión en 17-IX-1394 por Carlos VI, si bien se les permitió continuar en Lyon, en la Provenza, y, sobre todo, en las ciudades papales de Avignon y Carpentras donde siempre fueron humanamente tratados.

Alemania, por el hecho de estar dividida en tantos y tan variadas formas de Estados, permitía a los judíos una mayor adaptabilidad. Cuando un Estado les expulsaba, estaban seguros de hallar buena acogida en el vecino. Se señalan escenas de persecución en Boppard, Viena, Espira, Halle, Erfurt, Mecklenburgo, Lauda, Fulda, Francfort, Kitzingen, Ortenburg, Pforzheim y, especialmente en 1298, en Röttingen. En Wurzburg, Nuremberg, Ratisbona y Augsburgo, como grandes ciudades, los Emperadores intervienen para protegerles. En 1336 se registran masacres de parte de los “Juden-schläger” (“cazadores de judíos”), que se repiten en Baviera, Bohemia, Moravia y Austria.

En 1348, en ocasión de la Peste Negra, una ola de terror se extendió sobre los judíos, a quienes se achacaba su propagación. El Papa Clemente VI publicó una Bula de protección que fue más o menos escuchada y muy poco por el populacho en Nuremberg, Basilea, Estrasburgo, Worms y Colonia. Más tarde, las juderías se ven complicadas en el movimiento husita, bien combatido por San Juan de Capistrano. Todos estos hechos motivaron una emigración judía hacia el Este, Polonia especialmente, que estudiaremos en su día.

La expulsión de España y Portugal

En España, entre tanto, los judíos habían sido bien tratados por Pedro el Cruel (1350-1369). Bajo su reinado vemos a Samuel Abulafia como tesorero del Reino. Más tarde, con Enrique de Trastámara y Juan I la conducta judía produce disturbios en Écija, Córdoba y Toledo, así como en Aragón en Barcelona y distintos puntos de Valencia y de Mallorca. Entonces se producen, aparte conversiones sinceras, las fingidas conversiones de los llamados “Marranos”. Entre los primeros figura Pablo de Santa María, que llegó a la dignidad de Obispo

de Burgos y miembro del Consejo de Regencia de Castilla. Un edicto de 1408 renueva disposiciones de prevención, no inhumanas sin embargo, contra los judíos, relegándolos, en lo posible, a sus aljamas.

Los “Marranos”, entre tanto, seguían en su corazón fieles a su antigua creencia. La prosperidad iba, de nuevo, creciendo. Muchos oficios de las Cortes — especialmente los financieros — estaban en sus manos. Fernando de Rojas, autor de la “Celestina”, es, por ejemplo, Marrano.

En estas circunstancias, Isabel de Castilla ascendió al trono en 1474, logrando del Papa Sixto IV en 1-XI-1478 la Bula instituyendo el Tribunal de la Inquisición.

En 30 de marzo de 1492, en la propia Alhambra, Fernando e Isabel proclaman su Decreto de expulsión, sobre cuyas razones y justificación — uno de los hechos más estudiados de toda la Historia de España — no es lugar de extenderse aquí.

De parte de los expulsados destaca la importante figura de Isaac Abrabanel, de Sevilla (nacido en Lisboa en 1437), el último de los intelectuales y filósofos judíos medievales quien, con Abraham Senior, encabezan los desterrados.

Muchos de ellos se refugiaron en Portugal. Poco tiempo después, Manuel “el Afortunado” les expulsaba, también en 5-XII-1496, si bien con algunas alternativas, quedando también algunos en el País, fingiendo una conversión. Estos cristo-judaicos permanecieron en la Península hasta el último cuarto del siglo XVI en que definitivamente se refugiaron en Holanda.

* * *

Como puede ver el lector, hemos limitado este artículo a la exposición de los principales hechos, a la historia del Pueblo Judío durante el Medioevo. Pero, como antes hemos dicho, vamos a dedicar D. m. nuestros dos próximos artículos a un tema mucho más importante.

Y es estudiar las causas — y sus efectos — más profundas de la enemistad y antagonismos existentes entre el pueblo judío y el cristiano en su Religión, en su Mentalidad, hasta en su idiosincrasia. Y las profundas consecuencias que esto acarrea en el terreno, no sólo religioso, sino político y, especialmente — cosa quizá poco estudiada — en el económico-social. Deseamos que tal estudio resulte instructivo y orientativo, pues tratará de cuestiones en el fondo, y con mucho, las más trascendentales entre todas las de la labor que nos ocupa.

LUIS CREUS VIDAL

(continuará)

SENTIDO Y ALCANCE DE LA OBRA DE TEILHARD DE CHARDIN, SEGUN SUS CRITICOS(*)

III. Filosofía.

En el estudio que acabamos de citar, ya se notaba el fallo de lo filosófico en Teilhard, aunque se insistía preferentemente en lo científico. Pero otros autores han objetado a Teilhard precisamente el fallo en lo filosófico. Publicó un estudio preciso y claro Georges Frenaud, en que con preferencia insiste en el aspecto filosófico (28).

Primero expone en varias páginas, con fidelidad y acierto, las teorías teilhardianas; y después centra en tres puntos la crítica sobre su filosofía: la noción de creación, la de espíritu y el pansiquismo.

Teilhard "identifica el acto de crear con el acto de unir elementos hasta entonces múltiples", de suerte que crear es propiamente unificar, unir (29).

Esta concepción trae consigo otras consecuencias: "Al aplicar este concepto de creación al primer origen del mundo, T.d.Ch. hace una identificación entre la nada y la pura multitud [multiplicidad, quizá dice el original]" y en confirmación cita la frase del mismo Teilhard: "Allí donde hay desunión completa del tejido cósmico no hay nada". De ahí deduce Frenaud algunas consecuencias: "Así, pues, decir que la creación es unión de lo múltiple, conducirá en el caso de lo múltiple total a decir que es la producción a partir de la nada, y se puede concebir el acto creador como un acto de unión, rechazando la vieja evidencia de sentido común que concierne a la distinción real entre el móvil y el movimiento, sin un substrato preexistente" (30).

Después de recordar estos preámbulos, Frenaud da su juicio: "Pero en ello se inserta un grave error metafísico. Este error consiste en concebir lo múltiple como anterior a la unidad, cuando no hay en ella más que multitud real que lo forma, de múltiples unidades reales. La unidad es forzosamente anterior a la multiplicidad real. Una multitud que no estuviere compuesta de unidades reales no sería multitud. Donde no hay multitud real, no hay unión real. Viene a coincidir con el error de Bergson y para Bergson la realidad del mundo está constituida por la evolución creadora, para T.d.Ch. por la unión creadora" (31).

Es interesante esta observación de Frenaud: todo el ideario del padre Teilhard arranca de la mentalidad que

dominaba en Francia a principios de siglo, y que Eduardo Le Roy, discípulo de Bergson, llevó a posiciones tan extremas, que también tuvo que prohibir sus obras la Iglesia; pero Teilhard, según estos autores saca de la mentalidad bergsoniana consecuencias que en cierto sentido son más universales.

Sólo añadiré que en *Metafísica* demostramos que hay una contradicción fundamental en el bergsonismo o en el movilismo de Le Roy, y no me es preciso repetir aquí su exposición o demostración, bastando con remitir a los escritos en que lo he desarrollado. Esta filosofía bergsoniana tiene una total y radical oposición a la filosofía de Santo Tomás, pues no explica la potencia pasiva por el acto, sino el acto por la potencia pasiva, con lo cual se corta el camino racional para llegar hasta Dios como Acto Puro, explicación suprema, o bien ha de hacer consistir el principio supremo en un Dios que fuera pura evolución, pura multiplicidad, pura contradicción ininteligible. De todos modos de esta falsa *Metafísica* se seguirían lógicamente muy graves consecuencias si tuviera alguien suficiente decisión y atrevimiento para sacarlas; graves consecuencias que afectarían también a la Teología, pues de este contingentismo filosófico se derivaría lógicamente un "relativismo conceptual", con lo cual no habría medio para formular conceptualmente dogmas, como expresión de una verdad inmutable intrínsecamente, por más perfectible que sea su formulación o expresión.

En la hipótesis de que alguien verdaderamente suponga unos elementos *materiales preexistiendo* desde la eternidad, aunque después admita que por la acción de Dios se han estructurado, éste verdaderamente niega la verdad de fe de la Creación, y cae o bien en un dualismo (que negaría la infinitud de Dios) o en un monismo materialista, si identificase a Dios con esta materia eterna preexistente (es decir, negaría la distinción real entre Dios y la materia eterna). De ninguna manera voy a decir que esto lo haya dicho Teilhard, ni siquiera que lógicamente haya de haber sido ésta su intención, pues pudiera quizá ni haberlo advertido, porque no aparecen por ningún lado en él vestigios de genio filosófico; pero afirmo que sólo el hecho de hablar con las "ambigüedades" que indica el *Monitum* del Santo Oficio, en puntos tan graves en que no se debe inducir a nadie a error, ni con pretexto de hacer apostolado: sólo el hecho de no exponer la noción de Creación en un contexto en que debería exponerla y definirla con nitidez, esto mismo ya es algo muy grave, que por sí solo bastaría para justificar la doble decisión que tomó el Santo Oficio contra las obras de Teilhard.

Otro punto que objeta Frenaud es la noción de espíritu y la de creación del alma humana (la cual también

* Continuación de lo publicado en el número de *CRISTIANDAD* de julio-agosto 1964.

(28) FRENAUD, Georges: *Estudio crítico sobre el pensamiento filosófico y religioso del P. Teilhard de Chardin*. Estudio reproducido de *Verbo*, 17 (1963) 59-81, por la vista *Colligite* (Guzmán el Bueno, 23. Apartado 256, León) IX, 3 (1963) 83-81. — En adelante citaremos este escrito con la sigla FRE.

(29) FRE 87.

(30) FRE *ibid.*

(31) FRE *ibid.*

es verdad de Fe para el católico): según Teilhard “Dios crea el alma humana por la acción continua que ejerce sobre los organismos vivos en curso de evolución. Esta acción unificadora de las células corporales obtiene una transformación de la energía psíquica animal en energía reflexiva espiritual. Si la palabra *creación* se mantiene en su sentido común, la doctrina de la Iglesia es abandonada. Por otra parte parece ser que en la *síntesis evolucionista* de T.d.Ch. Dios no sólo no crea las almas, sino que no puede crearlas” (32).

Para probar esto último invoca ahora las ideas de Teilhard: “En virtud de la misma estructura de la nada sobre la que se inclina Dios para crear, no puede proceder más que de una sola manera: arreglar, unificar poco a poco bajo su influencia de atracción, utilizando el juego de las grandes multitudes, una multitud inmensa de elementos, primero infinitamente numerosos, extremadamente simples y apenas conscientes, después gradualmente más raros, más complejos, y finalmente dotados de reflexión”. Ahora bien, con esto sucedería que “Dios no puede crear más que comenzando a reunir elementos extremadamente simples a los que hay que hacer sufrir después progresivamente una concentración evolutiva y progresiva. Con tal concepto de creación, jamás podría plantearse a Dios el crear directamente *ex nihilo* puros espíritus como los ángeles, como tampoco podrá crear de la nada un alma humana. Son seres demasiado ricos en perfección: jamás puede aparecer más que el término de una larga evolución a partir de elementos materiales, infinitamente pequeños. Un ataque directo a la Teología e Historia Bíblica. Por otra parte la Creación aparece como una obra de interés absoluto para Dios; en contra, el Vaticano define la perfecta libertad de Dios en crear” (33).

Otra noción filosófica de Teilhard, que Frenaud muy decididamente le atribuye es la de cierto panpsiquismo: “El P. T.d.Ch. presenta el hecho de la conciencia como una forma de energía que, realizada ciertamente en el hombre debe volverse a encontrar en menor grado en todos los seres corporales. La filosofía por el contrario demuestra [que] el poder de conocer, en todos sus grados de realización, está fundado sobre la inmaterialidad, es decir, sobre una cierta superioridad, un cierto librarse con respecto a la materia. Quien conoce se sobrepasa a sí mismo para convertirse también, en cierta manera, en [el] objeto de su conocimiento. Y la inmaterialidad, la supramaterialidad, no puede ser la propiedad común a toda materia. El error de T.d.Ch. consiste en poner la energía psíquica y más particularmente la conciencia en el mismo plano de las energías físicas puramente transitorias, que son comunes a todos los cuerpos. De aquí se deriva la confusión entre espíritu y materia. Basta una frase: *No hay concretamente materia y espíritu: existe simplemente la materia convirtiéndose en espíritu*” (34).

También insistió en los aspectos filosóficos del teilhardismo Louis Jugnet en un estudio muy extenso (35).

Ante la imposibilidad de citarlo ampliamente como merecería, por lo menos podemos aducir algunos breves párrafos. En uno de ellos dice así: “El padre Russo reconocía hace poco en *Etudes*, que el estudio de la filosofía escolástica no había *guère retenu* al difunto Padre. En efecto, uno no puede dejar de estar impresionado por la inexactitud frecuente de lo que dice a propósito de tal o cual gran autor. Nos acordamos, por ejemplo de una carta a Maryse Choisy en la cual el Padre concebía al espíritu, según Santo Tomás, *como incomprensiblemente yuxtapuesto a la materia*; siendo así que cualquier estudiante de filosofía sabe que esta expresión, si valdría para Platón y hasta para Descartes, está en los antípodas del pensamiento aristotélico y tomista, el cual profesa precisamente la unión substancial de alma y cuerpo. El gran teólogo protestante Karl Barth escribió un día que *el odio a la escolástica es la característica de los falsos profetas*. Pero esta aversión las más de las veces tiene por base la ignorancia. San Pío X, en la encíclica *Pascendi* lo dice muy claramente” (36).

Louis Jugnet en su artículo también notó que el eje de toda la mentalidad teilhardiana (que extiende el evolucionismo a todo el universo) no tiene base científica, ni base filosófica. En cuanto a lo primero, afirma: “A decir verdad, el Evolucionismo universal de Teilhard *nunca* ha sido el resultado de la experiencia, no es de origen inductivo. Es una especie de postulado, un punto de partida puesto libremente; un principio no evidente, ni demostrado nunca, que no es científico, ni en sentido antiguo de esta palabra (a saber, conocimiento racional necesario), ni en sentido moderno (noción fundada sobre la observación y la experimentación)” (37). En cuanto a lo segundo, añade aludiendo al panpsiquismo: “Se entiende con ello la atribución a todas las cosas, hasta inanimadas en apariencia (un átomo, un cristal, una planta) de una conciencia confusa y latente. *Esta concepción filosófica es de orden metafísico*, y está tan poco fundada sobre la *ciencia moderna* que [tal concepción] *reaparece periódicamente* (tomando, claro está, la terminología de la ciencia de aquel tiempo) *desde los orígenes del pensamiento filosófico*” (38).

Otro autor, Luc J. Lefèvre centró su atención en un aspecto distinto del teilhardismo: hizo notar que dada su concepción del espíritu, lógicamente habría de seguirse la pérdida de la dignidad de la persona humana (39).

(35) JUGNET, LOUIS: *Le Monitum du Saint-Office sur les ouvrages du Père Teilhard de Chardin suivi de Réflexions sur le teilhardisme*. Revue des Cercles d'Etudes d'Angers (4, Passage des Arènes, Angers, Francia), Supplément janvier-février 1963, tirado aparte.—En adelante citaremos este escrito con la sigla Jug.

(36) Jug 12, col. 1-2.

(37) Jug 10, col. 1.

(38) Jug 10, col. 2.

(39) LEFÈVRE, LUC J.: *Personne humaine et teilhardisme*. La Pensée Catholique (Les Éditions du Cèdre, 13 rue Mazarine, París), n.º 87 (1963) 76-95.—En adelante citaremos este escrito con la sigla Le.

(32) FRE 88.

(33) FRE *ibid.*

(34) FRE *ibid.*

En efecto, “¿cómo nos sería posible concebir una distinción radical entre materia y espíritu? Teilhard la suprime [tal distinción radical] pura y simplemente” (40). En confirmación cita unas palabras de Teilhard: “No el espíritu por evasión fuera de la materia, ni el espíritu yuxtapuesto incomprensiblemente a la materia (Tomismo), sino el espíritu emergiendo (por operación pan-cósmica) de la materia”; a lo cual añade el siguiente comentario: “Si el espíritu, si el alma es *educada* de la materia, no puede llamarse *independiente* de la materia, ni en su ser, ni en su actuar. Es preciso decir que es y no cesa de ser *material*, como el principio vital (o “alma”) de la planta y del animal” (41); “pero Teilhard añade: *Mais il existe seulement de la Matière devenant Esprit. ¡De ninguna manera! Si esta materia se hace espíritu, como el agua se hace vapor, ya no puede ser desmaterializada, si podemos decirlo así, sino que es y queda materia: admitamos el término espíritu para designar esta materia evolucionando y después evolucionada; pero será preciso tener la lealtad de decir que este espíritu no deja de depender intrínsecamente de la materia en su origen, por consiguiente que este espíritu es esencialmente material. A lo más podría ser considerado como una determinación, como una perfección, y como tal, un accidente de la materia: pero este espíritu, según Teilhard, es material”* (42).

“Una vez más, me contestarán: no exija de Teilhard la precisión del lenguaje metafísico o teológico, puesto que habla siempre como hombre de ciencia. Rechazamos esta pretensión de atribuir todas las fantasías, todos los equívocos, todas las oscuridades, todos los errores a la conversación y al lenguaje del hombre de ciencia. Esto no es ninguna alabanza ni para la ciencia, ni para los científicos. Un verdadero científico tiene un vocabulario exacto, define sus términos, razona con rigor. Y sobre todo no extrapola... Cuando en sus *discursus*, Teilhard deja resbalar el sentido de las palabras y multiplica los equívocos, esto prueba que en este momento no es un científico, sino un ensayista que filosofa y que teologiza fuera del camino real de la filosofía perenne y de la Teología de la Iglesia” (43).

Las consecuencias que de aquí brotan, las saca con todo vigor Lefèvre: “Hablemos con franqueza: si el hombre no goza de un alma inmaterial, no puede haber más que diferencia de grado entre él y el animal, y no una diferencia esencial, una diferencia de naturaleza. Si no hay diferencia esencial entre el animal y el hombre, uno y otro tienden a un mismo fin, pues el fin es la esencia del ser; pero ¿qué será de la persona, qué será de la dignidad del hombre en el sistema de Teilhard?” (44).

También opone Lefèvre otra grave objeción: se apoya en la obra de Claude Cuénot (45), que por ser un Dic-

cionario de los términos teilhardianos, no busca más que explicarlos; cita varias definiciones (como la de “Neocristianismo” y “Neo-modernismo”) que por sí solas ya dejan a Teilhard en el sitio que verdaderamente le corresponde; pero hay además otra en la cual se explica que Dios es “*considéré comme immergé dans l'évolution*”. Lo cual nos libra de todo comentario; y dejando ya la reseña de las principales objeciones filosóficas que se han hecho contra las ideas de Teilhard (aunque son muchas más las que se le oponen) podemos examinar algunas de las que se alejan de parte de la Teología.

IV. Teología.

Escribió un minucioso y bien redactado estudio sobre Teilhard el dominico R.-Th. Calmel en la revista *Itinéraires* (46). La ventaja que ofrece este estudio está principalmente en que utiliza como fuente informativa unas cartas que el P. Teilhard escribió desde 1914 a 1919 a su prima, la señorita Margarita Teilhard-Chambon, conocida en el mundo de las letras por el nombre de Claude Aragonnès, la cual es la que publicó estas cartas, que finalmente fueron impresas con el título más apropiado de *Génesis de un pensamiento*, pues realmente en ellas se ve (precisamente porque su autor deja correr más confiada y libremente su pluma) cuál era el trasfondo de sus pensamientos, que por fin fraguó en la mentalidad teilhardiana actual.

Ahora bien, el P. Calmel hace notar algunas de las graves consecuencias teológicas que, según él, están involucradas en las concepciones del teilhardismo.

Tales son una “naturalización” de lo “sobrenatural” y una Teología sin pecado.

En cuanto a lo primero, dice: para que en la ideología de Teilhard “tenga un sitio el espíritu y la vida sobrenatural, se ve constreñido, por una lógica implacable, a encerrarlos dentro de la materia en evolución. Según este sistema, la materia contiene ya algo de espíritu en pequeñas dosis, en dosis infinitesimales; pero está precontenido realmente el espíritu en la materia, lejos de proceder de modo enteramente directo, del todo gratuito, de la liberalidad del Creador. De igual modo la evolución cósmica contiene ya la divinización, aunque muy escondida, muy lenta en abrirse paso, lejos de que la divinización sea un don infinitamente gratuito del Padre celestial que nos ha redimido en su Hijo Jesucristo. Ya se ve, el sistema del P. Teilhard, lo mismo que su celo apostólico, está inficionado por una laguna considerable” (47).

También es notable la total ausencia del pecado en la concepción teológica teilhardiana: “La generosidad de su intención apologética no deja lugar a duda: conducir a Jesucristo nuestro mundo en plena transformación. Sólo que hay una laguna, y es enorme: Teilhard

(40) LE 87.

(41) LE 88.

(42) LE *ibid.*

(43) LE 89.

(44) LE *ibid.*

(45) CUENOT, Claude: *Lexique Teilhard de Chardin*, pág. 39.

(46) CALMEL, R.-Th., OP.: *Réponse au teilhardisme. Itinéraires* (4 rue Garancière Paris 6.^a) n.º 71 (1963), tirada aparte. En adelante citaremos este escrito con la sigla CAL.

(47) CAL 11.

no ve el pecado. Acerca de la humanidad que quiere impresionar, no tiene la menor noción de que sea culpable. La imagina solamente víctima de un malentendido" (48).

Cita el P. Calmel una de las cartas del P. Teilhard, la que fechó en París el 9 de enero de 1917 (página 214), en la cual decía: "es preciso transportar sobre el Cielo todo el gusto de la tierra; ir al Cielo con todo el gusto de la tierra". A lo cual responde: "¡Como si no hubiese cierto gusto de la tierra que nos separa del Cielo, el que procede del orgullo, de la autosuficiencia (sin hablar de pasiones más bajas, pero no menos exigentes)! *Quae sursum sunt sapite* nos encarga el Apóstol: *saboread las cosas de lo Alto*; pero precisamente por ello nos prohíbe que quedemos en la categoría de aquellos que *terrena sapiunt*, estos adoradores de la tierra, del Universo, entre los cuales el P. Teilhard se coloca a sí mismo tranquilamente (pág. 213)" (49).

Si en el teilhardismo las nociones de pecado original y de pecado personal parecen difuminarse en las vaguedades de la evolución natural, ya puede imaginar el lector qué sucederá a propósito de la distinción entre natural y sobrenatural. Este punto ha sido también observado por los que han sujetado el teilhardismo a un serio examen, como por ejemplo el autor antes mencionado G. Frenaud: "Aunque T. d. Ch. emplea frecuentemente en sus libros las dos palabras *sobrenatural* y *gracia*, rechazando el pelagianismo, y cree evitar ese error recordando sin cesar la necesidad del concurso y del socorro divino a lo largo de la creciente actividad de las creaturas, sin embargo en su *síntesis confundirá siempre con la gracia sobrenatural este socorro divino requerido por la naturaleza creada a lo largo del aumento de la evolución natural hacia el término final de su concentración. Tal concentración se verifica con la unión de los creados al Espíritu transcendente que es Dios, por una visión inmediata, como término propio de esta evolución: la reunión de todas las almas en la visión inmediata de Dios. Ahora bien, admitimos con todos los teólogos católicos que la visión inmediata de Dios es un acto de orden divino, esencialmente sobrenatural para toda naturaleza creada, y en este caso la evolución cósmica de la que este acto sería el término propio, su razón de ser y su clave, es toda enteramente también de orden sobrenatural. Desgraciadamente ante tal perspectiva, como ya no hay naturaleza, la expresión *sobrenatural* pierde todo su sentido, porque lo sobrenatural no se define más que en relación con la naturaleza. De otra manera contra la teología católica la visión inmediata de Dios no es un acto sobrenatural, y así todo el orden sobrenatural de la gracia es el que se hunde" (50).*

Otro de los graves reparos que teólogos destacados han echado en cara a Teilhard ha sido su concepción del cuerpo de Jesucristo. Por ejemplo el dominio Guérard

des Lauriers (51) hace notar lo siguiente, hablando de la humanidad de Jesucristo: "En esta Humanidad asumida, hay un Alma. Si se interpreta la fórmula de Teilhard, que ya se ha hecho famosa: *El Cristo de la Revelación es el Omega de la Evolución*, incluyendo en la Evolución el finalismo tal como lo atribuyen a Teilhard sus apologetas, entonces lo que el Verbo de Dios asume encarnándose, es inevitablemente el término supremo de este finalismo evolutivo" (52); pero el dilema que de ahí brota es también fatal: "El dilema es entonces inevitable, y no hacemos más que repetir bajo otra forma lo que ya hemos dichos a propósito de la Conciencia: o bien el finalismo de Teilhard no es más que una imagen inconsistente; o bien es comparable (como quieren algunos que sea) a la finalidad clásica: y en este caso el Verbo encarnándose asumirá el término del Evolucionismo cósmico, y no un Alma creada inmediatamente en una Humanidad producida individualmente. El Verbo hecho carne ya no puede ser *natus ex Maria Virgine*" (53).

V. Sentido de la obra teilhardiana

Una de las afirmaciones que más repetidamente han puesto de relieve los que han examinado el teilhardismo con deseo de evitar el riesgo de un panegirismo falso, y con anhelo de dar un juicio fundado, ha sido que las obras de Teilhard no tienen nada que ver con una producción científica; que son por el contrario una mera *Weltanschauung*, ideario o mentalidad.

El conocido pensador alemán P. August Bruner, S. I., dedicó a la obra teilhardiana un estudio (54) en el cual formula el siguiente juicio: "La obra de Teilhard, por cuanto no es con propiedad estrictamente científica, no da demostraciones, como una exposición de hechos firmemente establecidos, sino que es como un ideario [*Weltansicht, vision du monde*] nacido de impulsos personales. Pues hasta de la teoría evolucionista (entendida en cuanto confirmada por los hechos y no como mera hipótesis de trabajo) de ninguna manera se deduce su teoría. El Creador puede también crear un mundo en evolución y mantenerlo así en su ser, como un mundo estático. Que Dios ha creado la vida y el hombre con actos distintos es también algo más conforme con los hechos que la rebuscada hiptótesis de Teilhard; y su argumentación fundamental, que Dios habría quedado de lo contrario extraño al mundo, carece absolutamente de fundamento. Dios produce en cada momento todo aquello que existe; por consiguiente no tiene ninguna necesidad de recomenzar a crear en determinados momentos" (55).

(51) DES LAURIERS, Guérard, Op, Professeur à l'Université Pontificale du Latran: *Finalité et Animisme*. Artículo publicado en Aquinas (Roma) n.º 2 de 1963, págs. 224-238; reproducido en *La Pensée Catholique* (Les Editions du Cèdre, 13 Rue Mazarine, Paris), n.º 87 (1963) 61-75. — Citaremos en adelante este escrito con la sigla LAU.

(52) LAU 67.

(53) LAU *ibid.*

(54) BRUNER, August, SI: *Pierre Teilhard de Chardin*. *Stimmen der Zeit* 165 (1959-1960) 210-2222. — Citaremos en adelante este escrito con la sigla BRU.

(55) BRU 218: Concepciones del mundo que no atan.

(48) CAL 10.

(49) CAL 15.

(50) FRE 89.

Por esto se pregunta Brunner, cómo se explica el éxito literario de Teilhard, si su obra está totalmente desprovista de rigor científico. Contesta ante todo que se debe al "optimismo" con que habla a hombres que lo necesitaban, y más aún en los años de principio de siglo; además Teilhard tenía fama de hombre de ciencia y por otra parte muchos creían aún que "las ciencias naturales tenían algo decisivo que decir sobre las preguntas de la salvación humana" (56); también contribuyó un modo de ver tan sintético y simple, para agrupar de un vistazo a todo el Universo: "¡una única fuerza que lo penetra todo desde sus comienzos hasta sus más señeras cumbres! De este modo el Universo, tan complicado y angustioso, tan grande y extraño, se hace así muy comprensible y familiar" (57).

Pero "¿se da verdaderamente ayuda al hombre de hoy si uno por el contrario le presenta una visión del mundo tan unilateral y arbitraria? ¿Acaso no es mejor atenerse a lo demostrable, al *Fenómeno*, al cual Teilhard, contra su propio programa, ha permanecido tan poco fiel?" (58). Opina Brunner que el "espiritualismo" de Teilhard no conduce a superar el "materialismo": "Pero contra la arbitraria hipótesis materialista, también la doctrina de Teilhard no es más que una suposición indemostrable. Y ante todo un espiritualismo unilateral y exagerado se cambia fácilmente en un materialismo de andares semejantes, como por lo demás ya lo manifiesta la trayectoria desde Hegel hasta Marx. Basta un ligero cambio de acento en Teilhard, para ponerse a afirmar que el alma y el espíritu se habrían desarrollado partiendo de las energías naturales de la materia, que serían una superestructura de la materia, nacida por igual cambio de lo cuantitativo en cualitativo, según el principio que el mismo Teilhard admite" (59). Y finalmente, si muchos se consuelan porque les es ofrecida una imagen de Dios más tangible y cálida que les haga más soportable su soledad interior, esto depende de que tenían de Dios un concepto poco cristiano: "pues la verdadera y cristiana concepción de Dios por el contrario nos muestra a un Padre amoroso, que tiene providencia de los gorriones que pían sobre el tejado lo mismo que de las flores del campo, y esto no de un modo general, sino en particular de cada uno: ¡cuánto más cada hombre y su salvación serán objeto de su mirada! Y no está lejos de nosotros, sino que *en Él vivimos, nos movemos y existimos* (Act. 17, 28). Y se ha acercado a nosotros hasta en lo humano, por su Unigénito Hijo, Jesucristo. Este concepto de Dios más bien queda amenazado de ruina (aunque no intencionalmente) por el estilo naturalístico que atraviesa de parte a parte el sistema de Teilhard. Sólo un Dios absolutamente libre ante el mundo puede hacerlo término de su perfecto amor. Pues el amor es perfecto solamente cuando es dado con entera libertad: ahí está precisa-

mente la felicidad inexpresable. Este es el profundo sentido de la doctrina cristiana sobre la gracia" (60). Por tanto no como si con esto Dios adquiriese alguna ventaja, complemento o felicidad, sino porque "Dios es amor" (1.ª Juan, 4, 16). Así, pues, "no a través de una subida naturalística al *Todo*, sino que por una actitud libre del amor, se cumple la unión con Dios. Ésta no es un sumergirse en una corriente universal, sino una comunicación íntima, y saturante" (61), para la cual se requerirá en nosotros, sí, amor al prójimo, pero también podrá intervenir, impidiéndola, el pecado con el egoísmo que trastorna los bienes de acá, aplicándolos a beneficio propio e inmediato.

El juicio formado por el P. Brunner, de que la obra teilhardiana no tiene la seriedad de una aportación científica, sino que es un mero ideario o mentalidad, ha sido repetidamente pronunciado en diversas formas: entre los autores que hemos citado, por ejemplo Fiévet lo llama autor de "fantasciencia" (*science-fiction*) (62); para Jugnet la extensión del evolucionismo hasta darle alcance universal (punto de partida fundamental del teilhardismo) no es inductiva, sino un mero "postulado, un punto de partida libremente pronunciado; un principio ni evidente, ni jamás demostrado, que no es científico" (63); "la síntesis teilhardiana se caracteriza por una *total ausencia de demostración propiamente dicha*. Este rasgo ha llamado la atención a observadores múltiples y de formación muy diversa, desde el sabio de laboratorio, hasta el teólogo escolástico, pasando por el filósofo cristiano y el filósofo incrédulo" (64); y cita a continuación las palabras de Marcel de Corte, del profesor Bounoure, del P. Philippe de la Trinité, de Revel y finalmente nada menos que de Jacques Bergier, que dice: "considero, ya lo he dicho, al R. P. Teilhard de Chardin, como un autor admirable de *Fantasciencia* [*science-fiction*]" (65), o sea (añado yo, como explicación) "novela sobre temas científicos" al modo de Julio Verne. El mismo Pierre Fougeyrolas, en la revista (¡muy poco cristiana!) *Arguments* (n.º 4 trim., de 1961) que cita Jugnet, ha dicho: esta hipótesis "no nos da ningún fundamento ontológico y no concede a la hipótesis... ninguna probabilidad determinada" (66). Lo mismo ha repetido Lefevre (67), Guérard des Lauriers (68), Calmel, según el cual se resuelve el teilhardismo en "vana fantasmagoría" (69), Solaguren, para quien Teilhard "no prueba", se basa "en meras analogías", tiene una filosofía "gratuitamente afirmada" (70).

(continúa en la pág. 268)

(56) BRU 220.
(57) BRU *ibid.*
(58) BRU 221.
(59) BRU *ibid.*

(60) BRU 222-223.
(61) BRU 222.
(62) FI 65.
(63) JUG 10.
(64) JUG 12.
(65) JUG *ibid.* col. 1.
(66) JUG *ibid.* col. 2.
(67) LE 86.
(68) LAU 64.
(69) CAL 8.
(70) SO 528-529.



Toda la Iglesia se hace misionera para llevar el Evangelio al mundo

El anuncio del viaje del Papa Pablo VI al Congreso Eucarístico Internacional de Bombay hecho por el propio Papa el 18 de octubre pasado, tiene una transcendencia y un significado coincidente con la orientación total del Concilio, que no debemos pasar inadvertidos. El Papa estará en Bombay en la fecha del aniversario de la muerte de San Francisco Javier y proyecta celebrar la consagración de cinco obispos en representación de los cinco continentes. Ha manifestado también el deseo de entrar en contacto con los pobres de todas las castas y religiones a los que se distribuirán víveres y medicamentos y han sido fletados dos barcos para cargamento de trigo que los católicos de todo el mundo a imitación de los obispos y siguiendo el ejemplo del Papa quieren ofrecer como expresión de hermandad y caridad de todos los hombres sin diferencia de razas.

La decisión del Papa expresa a su vez su deseo reiterado de ampliar las fronteras de la comprensión humana. Según el comentario de la radio vaticana, este viaje "puede ser considerado como la primera manifestación concreta de la encíclica "ecclesiam suam" y del diálogo fraterno que la Iglesia está tratando de iniciar con todos los pueblos del mundo. Este pensamiento llena de fuerza y de seguridad la conciencia de la Iglesia desde sus orígenes. Pero se hace más urgente en estos años en que todo el mundo parece

despertarse y buscar el camino del porvenir. Estamos en presencia de pueblos nuevos, hasta ahora inertes y pasivos convencidos de que no existía para ellos otra forma de vida que la que habían heredado del lento trabajo de los siglos; ahora se animan y se levantan dispuestos ya, gracias a los progresos de la técnica y de la ciencia moderna a proponerse ideales nuevos y empresas nuevas. Hoy se preocupan también de conseguir una vida plena y nueva que pueda a la vez expresar su carácter propio y permitirles conquistar y saborear los beneficios de la civilización actual y de la de mañana.

Ante este despertar de los pueblos, Nos sentimos el deber y la obligación de amor de aproximarnos en un diálogo más fraterno a estos pueblos para manifestarles la estima y el afecto que hacia ellos sentimos y mostrarles que la Iglesia católica comprende sus legítimas aspiraciones de promover su libre y justo desarrollo por las vías pacíficas de la fraternidad humana y permitirles acceder más fácilmente por su propia voluntad al conocimiento de Cristo que Nos lo creemos, constituye la verdadera salvación para todos los hombres y que puede de una manera original y maravillosa asumir todas sus profundas aspiraciones".

El Papa, al recibir la invitación para asistir a este Congreso eucarístico ha visto en ella una manera de cumplir el ministerio apostólico

de la Iglesia. "Porque Nos oímos — dice el Papa — resonar en nuestro corazón, de manera insistente, estas palabras de Jesucristo siempre actuales: "Id y enseñad a todas las naciones" (Mat. 26, 19). El Papa, pues, se ha hecho misionero. Este viaje, aunque muy breve y limitado a una sola ciudad quiere ser también un testimonio de reconocimiento rendido a todos los misioneros que han consagrado su vida a la causa del Evangelio y una participación simbólica a la vez que una incitación a todo el esfuerzo misionero de la Iglesia católica. "Quiere ser la primera y pronta respuesta a la llamada misional que el actual Concilio Ecuménico lanza a todos los fieles para que abran su corazón al ardiente deseo de trabajar para la expansión del Reino de Cristo".

La «Tierra Prometida del Concilio»

Mientras se ha estado discutiendo el esquema 13 en el Concilio Ecuménico, al estimar su proyección sobre el mundo moderno se ha calificado este esquema como la "Tierra Prometida". Con esas dos referencias del viaje misional del Papa y de la orientación del actual Concilio tenemos colocados los presupuestos para describir el otro interlocutor en este diálogo evangélico de Iglesia y mundo. El Papa se viene refiriendo últimamente de manera muy expresa a esa porción de pueblos atrasados o en vías de desarrollo, fuera del ámbito de la civilización cristiana a los que la Iglesia quiere ofrecerles ideales estimulantes y perspectivas consoladoras urgiendo a todos los cristianos a cumplir sus deberes de esta hora frente a esos hermanos nuestros.

Sabemos que la evolución de la situación política y económica en los próximos años estará dominada por un incremento de población a ritmo acelerado en las "naciones pobres", precisamente cuando el aumento de población tiende a estabilizarse en los países "ricos", es decir, esencialmente los de la raza

blanca. Resultará de aquí que en un mundo de más de 3.000 millones de habitantes que aumenta al ritmo de 50 millones anuales, la preponderancia demográfica de los hombres de color sobre los blancos irá acentuándose y es urgente salvar las diferencias en el nivel de bienestar porque de lo contrario no podrá evitarse el fenómeno de resentimiento de esos pueblos pobres frente a los pueblos ricos.

Hace algunos años, Lenin, prolongando las profecías de Marx decía que el capitalismo sin civilización sería ahogado un día por el cerco de los países subdesarrollados que se negarían ya a consentir que sus riquezas fuesen explotadas por más tiempo. En 1955, el Pandit Nehru declaraba en la apertura en Nueva Delhi de una conferencia del Fondo Monetario Internacional que "la principal división del mundo no es la existencia entre países comunistas y no comunistas, sino entre naciones ricas o industrializadas y pobres o subdesarrolladas". Las naciones industrializadas son esencialmente los países de América del Norte y de Europa, así como la URSS, Australia y el Japón, es decir, salvo este último país, los pueblos de raza blanca cuya población no llega a los 1.000 millones de individuos. El resto, más de 2.000 millones está constituido por pueblos de color en Asia, África y América latina, todos en zonas subdesarrolladas o pobres.

Los progresos de protección social y sanitaria están promoviendo toda-

vía más y acelerando el fenómeno extraordinario de la fertilidad humana conocido ya como "explosión demográfica". Así la duración media de la vida humana, o sea, la llamada "esperanza de vida" tiende a aumentar. Veamos algunos ejemplos. La Unión Soviética ha pasado de 1926 a 1958 de ser un país subdesarrollado a una nación industrializada y al mismo tiempo la esperanza de vida en el momento de nacer ha saltado de 44 a 68 años. En algunos países de Asia, África y América, la esperanza de vida ha aumentado en 15 e incluso en más de 20 años desde el final de la segunda guerra mundial. Méjico, por ejemplo, pasa de 33 a 50 años entre 1930 y 1950; Ceilán, de 45 a 60 años entre 1946 y 1954, y el Japón, de 48 a 67 años entre 1936 y 1958. En Europa la duración media de la vida humana tiende a estabilizarse en torno a cierto límite superior que se sitúa en el Sur y el Este de Europa entre los 50 y los 60 años.

La Iglesia toma partido por los emancipados

Mons. Mongo, obispo de Douala en el Camerun, respondía así en una entrevista hecha por un periodista alemán y publicada en el semanario "L'Effort Camerounais":

"¿Cuáles son los problemas más vitales y urgentes del Camerun?"

"Hace 20 años si usted me hubiese planteado esta pregunta, seguramente habría dudado en la

respuesta. En efecto, en aquella época había numerosos problemas en nuestro país. La lucha contra el analfabetismo, la necesidad de disponer de pistas para ayudar a las gentes del bosque, favorecer las relaciones con los grandes centros y evacuar los productos, etc., por último el país tenía necesidad de todo, todo parecía urgente. Pero desde hace unos años, desde que el Camerun ha conseguido su independencia y sus hijos han tomado puestos de responsabilidad, todos los ciudadanos preocupados por la verdadera evolución del país se han dado cuenta de que la necesidad urgente de nuestro pueblo es: *la educación*. Para que el Camerun llegue a ser una verdadera nación necesita no sólo instrucción, sino educación. Quiero decir: formar hombres y mujeres de carácter, gentes desprendidas, generosas, gentes que se amen, se unan y superen siempre las estrecheces del tribalismo. Este trabajo de educación se aplicará primero a los niños y requerirá la colaboración de la familia, de las escuelas, de las misiones y del Estado."

Estas palabras son aplicables a todo ese Tercer Mundo, el cual en justa correspondencia a la vocación misionera de la Iglesia, tiene también una necesidad de ella, una "natural" vocación cristiana. Y a esta vocación es a la que en estos momentos quiere responder la Iglesia mediante las reformas del Concilio Ecuménico y la efectiva actividad misionera del propio Pontífice.

JESÚS SÁINZ MAZPULÉ

Estando en prensa el presente número de CRISTIANDAD recibimos la noticia de que el Papa Paulo VI ha salido de Roma para asistir al Congreso Eucarístico de Bombay. En el próximo número daremos una reseña del mismo.

«OS LLAMARAN INTEGRISTAS...»

Durante los días 14 y 15 de noviembre se ha celebrado en el Colegio de San Agustín, de Madrid, la 4.^a reunión de Amigos de la Ciudad Católica. El programa de actos se desarrolló a base de seis conferencias, la primera de las cuales corrió a cargo del Excmo. Sr. don Eugenio Vegas Latapie, Académico de la Real de Ciencias Morales y Políticas, Letrado Mayor del Consejo de Estado, quien disertó sobre el tema: "El mito del integrismo". Siguieron a esta brillante conferencia otras cuyos títulos destacamos:

"El orden natural" "Necesidad de formación doctrinal" "El progresismo" "Formación de hombres de principios y acción" y, finalmente, "El mito del progreso indefinido y la aceleración de la Historia" (1).

Salta a la vista la importancia de los temas tratados, que como se ve no conceden tregua a la confusión, desorientación y asfixia de los slogans político-religiosos con que nos abrumba hoy tanta literatura moderna. En el diario ABC apareció una reseña de las conferencias más importantes.

Si de toda la brillante reunión que nos ofreció la Ciudad Católica hemos destacado la primera conferencia de D. Eugenio Vegas, Presidente de la Ciudad Católica en España, es porque le ha salido ya una pública réplica en la que se ataca la médula de lo que constituyó su disertación sobre "el integrismo". Como además, tal crítica se ha publicado en una Revista barcelonesa, nos creemos en la inmediata obligación de salir al paso de esta crítica, defender al conferenciante y lo

que es más importante el contenido de la conferencia.

El extracto publicado por ABC da pie al semanario "Destino" a cargar contra ella a través del artículo firmado por un conocido periodista.

Expongamos en primer lugar la reseña que copiamos del madrileño ABC.

"El disertante distinguió con precisión entre el integrismo español —partido desgajado del carlismo— y el integrismo como concepto y como mito... En cuanto al segundo punto, el integrismo es un término inventado por modernistas, y cultivado por progresistas para atacar a los católicos que se identifican plena y paladinamente con las enseñanzas Pontificias. No ha habido libro alguno en que se postule este integrismo, como hay libros que postulan el socialismo, el comunismo o el facismo, desde los puntos de vista respectivos. Los Papas no han mencionado esta supuesta exageración doctrinal."

Esta doble afirmación hace exclamar a nuestro ahora interpelante estas palabras que copiamos del número 1.424 de *Destino*: "La verdad es que no se gana para sorpresas. La que acaba de darme mi buen y admirado amigo Eugenio Vegas Latapié es de las que forman época". Repuesto de su sorpresa, sigue diciendo: "Creo estar soñando. No sé si como dice el autor *no ha habido libro alguno en que se postule este integrismo, como hay libros que postulan el socialismo, el comunismo o el facismo*, pero lo que sí sé ciertísimamente es que hay infinidad de libros y ha habido discursos y artículos en profusión, cuyo espíritu es integrista. ¿No lo es la propia conferencia de Vegas Latapié?"

Una injuria eclesiástica: ¡INTEGRISTA!. "A quien se hace molesto por el hecho de querer adherir en todas las cosas a Cristo o a la Iglesia —lo que objetivamente es lo mismo—, al que rechaza cualquier disminución de la verdad católica, se le echa en cara la acusación ¡Tú eres un integrista!

"Si alguno afirma que se debe obedecer a la Iglesia en cualquier aspecto que crea deber intervenir, se le insulta o se burla de él diciéndole: ¡Tú eres un integrista! Si uno no se deja llevar de la corriente por la que va la mayoría, o simplemente porque ve que corren sin razón concreta, se le dice: ¡Tú eres un integrista!

"El uso de esta palabra en sentido peyorativo procede de la *intención malévola de crear un complejo de tontería o de ridículo*, es decir, un complejo de inferioridad, e *imponer así un estado de flexibilidad o de inacción, no por convicción razonable sino por pura emotividad* (...)

"Estas tentativas no dejan de sembrar la división entre nosotros, y de hacer inoperantes las mejores fuerzas, *por el empleo sádico de una terminología rápida, que se compone de "Integrista" o de otro término bien conocido.*

"No despreciéis a las personas, *pero despreciad estos términos, estos métodos y avanzad tranquilamente.*"

Carta Pastoral del Cardenal Siri, 7 julio 1961

"La Iglesia católica manda creer fiel y firmemente todo lo que ha sido revelado por Dios, esto es, cuanto se contiene en las Sagradas Escrituras y en la tradición oral y escrita y lo que, en el transcurso de los siglos, comenzando ya por la edad apostólica, han promulgado y definido los Sumos Pontífices y los legítimos concilios ecuménicos."

Juan XXIII, *Ad Petri Cathedram*

(1) De algunas de estas conferencias nos honraremos con publicar un resumen.

“Crezca, pues y prospere mucho e incesantemente la inteligencia, ciencia, sabiduría, tanto de los particulares como de todos, tanto de un solo hombre como de toda la Iglesia, al compás de las edades y de los siglos, pero sólo en su género, esto es, en el mismo dogma, en el mismo sentido y en la misma sentencia.”

Concilio Vaticano I Cons. *Dei Filii*, cap. 4

El Concilio Ecu­mé­ni­co Vaticano II no es otra cosa sino una continuación y un complemento del I...

Paulo VI, *Ecclesiam suam*

“Por una parte la vida cristiana, cual la Iglesia la defiende, promueve, debe, continua y valerosamente, evitar cuanto pueda engañarla, profanarla, sofocarla, tratando de inmunizarse del contacto del error y del mal.”

Paulo VI, *Ecclesiam suam*

“Ante todo debemos recordar algunos criterios que nos adviertan las orientaciones con que procurar esta reforma, la cual no puede referirse ni a concepción esencial ni a las estructuras fundamentales de la Iglesia católica. La palabra “reforma” estaría mal empleada si la usáramos en este sentido...”

Paulo VI, *Ecclesiam suam*

“Ninguno se maravillará si lo definimos (el modernismo) afirmando que es un conjunto de todas las herejías. Pues, en verdad, si alguien se hubiera propuesto reunir en uno el jugo y como la esencia de cuantos errores existieron contra la fe, nunca podría obtenerlo más perfectamente de lo que han hecho los modernistas.”

San Pío X, *Enc. Pascendi*

¡Magnífico! Cualquiera que quisiese refutar la tesis de D. Eugenio Vegas sobre el integrismo, hubiera aportado dos tipos de documentos. Unos, en los que mostrara que el integrismo es efectivamente defendido como tal por sus partidarios, con cuerpo de doctrina propio, distinto del de la Iglesia, y se hubiera afanado en buscar documentos Pontificios en que se condenara tal posición doctrinal. Otros en los que hubiera demostrado que jamás una actitud cristiana genuina y sin adjetivos ha sido denunciada como integrista por los liberales. Si hubiera aportado tales documentos se habría “cargado” de lleno la conferencia pronunciada en la reunión de Amigos de la Ciudad Católica. Porque como se desprende del párrafo citado en “ABC”, éstos son los dos puntos que se sostienen en ella. Pero el articulista reconoce, en primer lugar, no haber encontrado ningún libro que defienda el integrismo como tesis o movimiento cristiano, y, en segundo lugar, intentando desprestigiar la conferencia no encuentra otro adjetivo que el calificarla de integrista. Con esto creemos que no hace otra cosa que darle la plena razón al conferenciante en sus dos aspectos; el que podríamos llamar positivo y el negativo. En el positivo, porque demuestra no haber encontrado ningún texto en el que se defiende al integrismo, como los hay que defienden el socialismo, el comunismo o el fascismo, y en el negativo porque califica la conferencia, no de falsa en tal o cual punto histórico, filosófico o doctrinal, sino que la califica a secas de *integrista*.

Argumentos de este género, lejos de refutar una tesis, la confirman.

Y para mayor confirmación sigue el artículo extendiendo su califi-

cativo de integrista al cardenal Ottaviani (nombrado por Juan XXIII y confirmado por Paulo VI Presidente de la Comisión Doctrinal del Concilio y Secretario de la Congregación del Santo Oficio, cuya presidencia ostenta el propio Santo Padre), y también al Cardenal Ruffini.

Nos habla después, ¿cómo no? de las “tendencias predominantes en el Concilio” contraponiéndolas con las ya calificadas por él de integristas. Ahora bien, puesto que el Concilio ha clausurado su III Sesión ¿podría mostrarnos en cualquiera de los esquemas aprobados alguna contradicción entre éstos y las ideas sostenidas por el conferenciante? Por supuesto no lo hace.

Queriendo sembrar más confusión nos presenta el Concilio como asamblea parlamentaria en la que debaten integristas y progresistas, estos últimos en franca mayoría (nosotros no gustamos de estas calificaciones ni comparaciones, al hablar de la asamblea conciliar, que consideramos en sus últimas consecuencias guiada por el Espíritu Santo). Entonces puntualiza, “aunque la calificación de progresista tampoco queda demasiado concreta doctrinalmente”. La frase tiene doble filo. Porque le concedemos mucha razón al afirmar que el progresismo no es concreto doctrinalmente. Pero toda la gama de progresismo está en una posición reiteradamente condenada por la Iglesia.

En fin, sigue siendo verdad que el integrismo es un término inventado por modernistas y cultivado por progresistas para atacar a los católicos que se identifican plena y paladinamente con las enseñanzas Pontificias.

JOSÉ M.^a PETIT SULLÁ

LOS «CATOLICOS ESPAÑOLES»... O «SU CRISIS»

Entrecomillado hemos puesto el título en atención a los “tópicos” que cada vez más van siendo usados por sus “adversarios”. Uso generalmente precario, equívoco y contradictorio; pues nadie nos negará —si se entretiene leyendo a Rouquette en “Études”, 1954/1, página 242 y nota — que aquellas palabras que aduce de León XIII definidoras del Estado católico, y a cuyo ideal, afirma, se está acercando Irlanda, todavía se está realizando, a Dios gracias, en España, aunque, ahora, él nos excluya.

Pero no negamos que España, también, ha sido alcanzada por la crisis de espiritualidad que corroe al mundo actual, incluso podemos decir el ideal de vida católica.

Y así nos lo recuerdan innumerables firmas, algunas de las cuales, por otra parte, no han visto “claro” todavía el gloriosa ligamen del pueblo, la política y la religión católica, nuestra unidad católica, expresada en toda nuestra historia, constituyente de la gran riqueza espiritual española. Algunos se apresuran hoy a afirmar “su crisis”, reconociéndola, por lo visto, de una forma muy “rápida e intuitiva”. Estas afirmaciones no creo necesarias enumerarlas, pues, por ser muchísimas, el lector las habrá encontrado en cualquier periódico, revista, libro, etc...

¿Cuál es esa crisis que abarca a todo el ancho mundo?

Según apunta Delpech en “The oppression of the protestants in Spain” (London 1956) — aunque él lo concierne a España — se constata entre *los intelectuales liberales, en los centros industriales y en las supersticiones del campo.*

EL LIBERALISMO CAUSA DE CRISIS DE VIDA RELIGIOSA

En efecto, “el liberalismo es pecado”.

Ya nos lo dijo Sardá y Salvany en aquella obra del mismo título y que algunos se atrevieron a anatematizar de forma tal que fue examinada por la Sagrada Congregación Romana del Índice, la cual falló de modo sumamente laudatorio, a la vez que desautorizaba un folleto del canónigo vicense D. de Pazos que quería ser una refutación de la obra de Sardá. El propio León XIII y su hermano el Cardenal Pecci la elogiaron, considerándola ejemplar. Los católicos españoles ofrecieron una pluma de oro a su autor, como homenaje nacional; su doctrina ha figurado en varias y diversas pastorales sudamericanas.

No era preciso que el protestante Delpech nos sugiriera que el liberalismo es factor de crisis católica. La obra de Sardá data de 1884. Nos lo argumentaron, asimismo, Menéndez y Pelayo, Donoso, Aparisi, Mella y León XIII dedicó diversas cartas encíclicas a ello.

El liberalismo, por ser pecado, esclaviza y motiva crisis en el ideal de vida católica.

Se nos muestra de una forma radical rechazando todo lo divino en la vida privada y en la pública; de una forma relativa, ya aceptando el sometimiento natural del hombre a Dios, pero negando toda idea de revelación, ya admitiendo la revelación, pero reducida a la esfera privada del individuo; y de forma mitigada, exigiendo a la Iglesia una tolerancia sinónima de una positiva convivencia con el error.

Vázquez de Mella, en el Parlamento, denunció las tácticas de este mal: *primero ruega la tolerancia, después exige la igualdad, luego el privilegio y acaba adoptando la persecución de la Iglesia Católica.* Y esto, como es ya conocido, se ha repetido dos veces por entero en España y hoy parece vislumbrarse la tercera: *“España parece interesarse en su propia versión de la*

apertura a la izquierda. Uno de los cambios más delicados que se contemplan es el operado en el campo de la religión” (Thurston N. Davis comentando, en un artículo, otro del Ministro Sr. Castiella, en “América”, 19 de agosto de 1963; publicado en “La Vanguardia Española” de 23 agosto 1963, página 13).

LIBERTADES DEL LIBERALISMO

De una forma más concreta todavía podemos decir sobre el liberalismo que: I) Pregona la “libertad de cultos”, en el sentido de que objetivamente el hombre no está compelido, por su naturaleza de “*criatura*” de Dios, a profesar la *verdadera religión*, no reconociendo el deber supremo del hombre de dar culto a Dios como consecuencia de su dependencia, origen y fin divino y gobierno por Dios.

II) Considera una virtud moral y civil, y niega la religiosa, siendo así que la religión es la verdadera y auténtica virtud por realizar todo lo que tiene por fin directo e inmediato el honor de Dios, y fuera de ello no hay virtud, ya que la virtud moral no tiene por objeto sino todo lo que nos lleva a Él, pues es el Supremo y Último bien del hombre.

III) Desprecia la Ley de Dios y el Mensaje de Cristo como no reconocibles para la religión verdadera, despreciando de ella las notas eternas que Dios le ha dado y exigidas por la razón y la naturaleza.

IV) Abraza la libertad de cultos, desnaturalizadora de la obligación santa de escoger el bien y abandonar el mal, constituyéndose, con ello, en la antítesis de la libertad, o sea en la esclavitud del error, que es decir del pecado.

Otra conquista del liberalismo es la llamada libertad de pensamiento, expresión e imprenta, aquella que protege con iguales derechos la

propagación de la verdad y la del error.

A propósito dijo Balmes: *“Pero sea cual fuere la acepción en que se tome la palabra libertad, échase de ver que siempre entraña en su significado «ausencia de causa que impida o coarte el ejercicio de alguna facultad», infiriéndose de aquí que para fijar en cada caso el verdadero significado de la palabra libertad, es indispensable atender a la naturaleza y circunstancias de la facultad cuya libertad intentamos proclamar. Así, por ejemplo, cuando se aboga por la libertad de pensar, ¿es que el pensamiento no está ligado a las leyes sin las cuales se sumirá al caos? ¿Es que puede despreciar la norma de una sana razón? ¿Es que puede desoír los consejos del buen sentido? ¿Es que puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿Es que puede desentenderse de los eternos principios de la moral? ... Todo esto nos obliga a restringir o explicar, a precisar la libertad de pensamiento”* (Obras completas, tomo V, pág. 200, capítulo XIII).

El derecho es una facultad moral concedida a la verdad a fin de que los ciudadanos puedan participar de sus ventajas; no al error el cual debe ser reprimido por la ley, debido a que los errores llevan a la tiranía. A la mayoría del pueblo le

es difícil prevenirse contra los artificios del estilo y las sutilezas de la dialéctica, pues son utilizados para halagar las pasiones, sin respetar las primeras verdades ni los principios naturales que son el más noble patrimonio común de la humanidad; de suerte que puede bien decirse que todo lo que gana la licencia lo pierde la libertad.

Sin embargo, podemos afirmar que en *materias opinables* el hombre tiene libertad para pensar y para expresar razonablemente lo que le parezca, pues ello no se opone a la naturaleza ni el ejercicio de esta libertad; no oprime la verdad, por el contrario, muchas veces conduce a su hallazgo y manifestación.

También el liberalismo propugna la libertad de enseñanza, pero no reconociendo que el objeto exclusivo de la misma es la verdad, como así debe ser y lo demuestra el que las naturalezas razonables solamente en ella encuentren su bien, fin y perfección. De aquí que el fundamento principal de la obligación de los que enseñan sea extirpar el error de los entendimientos por ser contrario a la perfección de los mismos y, al propio tiempo, bloquear el camino a las teorías falsas. Todo lo contrario a la libertad de enseñanza liberal, conforme a la cual podría explicarse en la cátedra de matemáticas que cuatro más cuatro

suman siete, pues, también en la enseñanza, otorgan los mismos derechos a la verdad y al error, lo que se contradice con la razón y tiende a la perversión más completa. Arrogándose el privilegio de enseñarlo todo a su capricho, y atendiendo a la muy grande autoridad que tiene el maestro, son pocos los discípulos que pueden juzgar si es buena o no su explicación.

También en España, el liberalismo se ha identificado con el anticlericalismo, como admite Dawson (*The Judgement of the Nations*, página 61), Madariaga (Spain, 2.^a edición, 1943, págs. 126-128... etc.); pero, así y todo ese anticlericalismo — como se ha podido y puede observar — ha sido y sigue siendo radicalmente “católico”, en cuanto a profesión religiosa, según nos afirma Lizcano en “La sociología de las religiones en España” *Revista Est. Pol.* (1956, núm. 90), aunque no hemos de descuidar su inspiración — e incluso práctica en algunos tipos de anticlericalismo — “abiertamente antirreligioso, laicista y de inspiración masónica” de que nos habla el mismo autor, pág. 129.

Éstas son formas liberales que en la medida de su extensión formarán parte, más o menos crecida, en la crisis de vida católica que venimos apuntando.

FRANCISCO BARTUMEU SANLLEHÍ

(continuará)

El Papa Paulo VI, Obispo de Roma, junto con el episcopado de Italia, en víspera de las elecciones, condena de nuevo el comunismo

«Los Obispos italianos recuerdan a los fieles, electores y candidatos, cuan importante es que las administraciones comunales y provinciales sean dirigidas por personas que tengan presentes las exigencias de la conciencia cristiana, entre las que sobresalen la competencia, la vida moral ejemplar, la adhesión al bien común y a la doctrina cristiana.

»Lo que fue repetidamente afirmado en orden a la presencia de los católicos en el campo civil y deber del voto permanece plenamente válido y conviene que sea claramente reafirmado.

»En particular es necesario hacer también presente que el comunismo, por la teoría que profesa y por la experiencia realizada, representa — también en nuestro País — un grave peligro para la vida y la libertad religiosa y civil.»

(Viene de la pág. 261)

VI. Éxito en apologética.

Ya hemos visto que Bruner está pesimista sobre el alcance de tal género de apologética. Pero es especialmente significativo lo que a este propósito añade Jugnet: "Queremos denunciar aquí uno de los sofismas más habituales de la propaganda teilhardiana: la pretensión de conquistar los incrédulos y de multiplicar las conversiones. Ahora bien, siendo yo mismo universitario, salido de un ambiente muy alejado del catolicismo tradicional, viviendo largos años entre estudiantes y profesores de la enseñanza oficial, creo que estoy mejor informado para consignar las reacciones *reales*, que algún consejero progresista que no tiene con ellos más que relaciones ocasionales (y que no halla nunca más que algunos de entre ellos, *siempre los mismos*, por definición)... Uno de mis antiguos discípulos, normalista, *incrédulo*, que primero obtuvo la licenciatura en filosofía, me dijo que nunca había podido aguantar la lectura de Teilhard más que algunas líneas de corrida. A ello añadía comentarios de tono bastante subido, que prefiero no reproducir. Un eminente profesor de la Sorbona rechaza analizar, en una revista muy oficial, un libro de Teilhard, diciendo que no siendo ni Biología pura, ni Filosofía, propiamente hablando no es *nada*. Por lo demás, en un centro de Investigación, bien conocido, rechazaron una tesis que versaba sobre el teilhardismo. Un sondeo efectuado en medios relacionados con esto, a petición de un profesor extranjero, puso de relieve que a excepción de los católicos *avanzados* y de los comunistas, el *teilhardismo en realidad apasiona a muy pocos en la crema de la intelectualidad, a pesar de sus grandes tiradas y de la algarabía que le-*

vanta. Podríamos multiplicar sin dificultad testimonios de este tipo, pero para hacerlo no tenemos ni dinero, ni los altavoces de que enfrente están tan bien provistos... Con todo un clarinazo, agudo, llega de vez en cuando a hacerse percibir: tal vez, por ejemplo, el libro del filósofo racionalista Maurice Revel, *La Cabale des dévots*, que hace papilla al teilhardismo y que se permite el empleo de expresiones que no se sufrirían, ciertamente, en un católico tradicional" (71).

Sin embargo, no ponemos en duda la buena intención que movió al P. Teilhard al formar y publicar su mentalidad, como observaba por ejemplo el P. Brunner o el P. Calmel: "La generosidad de su intención apologética no deja lugar a duda: conducir a Jesucristo nuestro mundo en plena transformación" (72); y lo mismo afirma Jugnet respecto de los que han escrito en favor del teilhardismo: "Se comprende que ante este arrebatado (que por nuestra parte juzgamos muy artificial) algunos religiosos, como los Padres Daniélou y de Lubac, se hayan esforzado por encauzar, por decirlo así, esta corriente desbocada, interpretando, iluminando, completando un pensamiento que en sí mismo considerado se manifestaba insuficiente y peligroso. Pero el efecto de conjunto permanece. Se produce el fenómeno que ya varias veces hemos observado, de la violencia publicitaria ejercida sobre la opinión. El peligro no es, pues, imaginario. Las ambigüedades, los errores, corren, se infiltran, toman posesión de los espíritus. Errores tan graves, que ofenden la doctrina católica" (73).

J. ROIG GIRONELLA, S. I.

(continuará)

- (71) JUG 8, col. 1.
(72) CAL 10.
(73) JUG 5, col. 2.

¿No es verdad que frecuentemente el clero joven, o también algún celoso religioso, guiado de la buena intención de penetrar en la masa popular o en grupos particulares, trata de confundirse con ellos en vez de distinguirse, renunciando con inútil mimetismo a la eficacia del apostolado?

Paulo VI, *Ecclesiam suam*

Así, por ejemplo, el fenómeno modernista — que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas, extrañas a la auténtica realidad de la religión católica —, ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológico-culturales, propias del mundo profano, sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo?

Paulo VI, *Ecclesiam suam*

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año
» de amistad de 200 a 1000 Ptas.
» de protección a partir de 1000 »
Número suelto 20 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.

ARIEL, S. A. — BERLÍN, 46-50 — BARCELONA